A. MARTIN
DE LUCENAY

el médico ante el problema



TEMAS SEXUALES

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

54

A. MARTIN DE LUCENAY

EL MÉDICO ANTE EL PROBLEMA

Las teorías de los físicos antiguos.—Cómo se planteó el problema de la sexualidad.—El médico, el noviazgo y el matrimonio.—Ante la esterilización y la con-:: traconcepción. — Normas nuevas. ::



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICIÓN
ABRIL 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50, Madrid.

PROLOGO DEL TEMA

El verdadero problema de la cuestión sexual estriba en creer que la sexualidad es un problema.

En efecto, en algunos pueblos, como el nuestro, reciamente aferrados a unas tradiciones milenarias basadas en hechos artificiales y desprovistos, las más de las veces, de fundamentos respetables y serios, o por lo menos de bases naturales y lógicas, no cabe duda que la fuerza del sexo tuvo una participación amplísima en la formación de los códigos morales y sociales. No obstante, lo mismo la antropología que la psicología, demuestran que el temor hacia el sexo no ha estado nunca ausente del espíritu humano. Unos pueblos—no digamos razas—han hecho del sexo una religión; otros han construído con todos los elementos de la sexualidad algo pecaminoso y maldito. Pero, a pesar de todo, y aunque los esfuerzos realizados por los idealistas del ascetismo por aniquilar los deseos naturales, por destruir las tendencias normales del amor, por sacrificar a las ideologías y a los dogmas lo más respetable y natural de la vida, a pesar de todo eso, repito, no se ha conseguido nada positivo, sino que, por el contrario, la negativa más rotunda ha sido el reverso de esa extraña medalla.

Los esfuerzos realizados en todo tiempo—nos referimos a los pueblos cristianos—por anular los impulsos han tenido que resultar estériles, porque los ideales de la moral eran en absoluto opuestos a las leyes de la fisiología. El desconocimiento de esas leyes o el afán de sustraerse a ellas, lejos de lograr esos triunfos, ha constituído, no sólo los más graves fracasos morales, sino también los más tremendos desastres fisiológicos. Acabamos de referirnos a la histeria, lo mismo que antes lo hemos hecho con todas las perversiones sexuales. En todos esos fenómenos morbosos, no cabe duda, existe la razón preponderante de la negación de las leyes naturales: el temor al sexo ha adquirido un carácter patológico tan espantoso como el de una epidemia.

Han hablado del problema, antes que nadie, los teólogos, los padres

de la Iglesia, los castos de profesión; después lo han hecho los sociólogos, y después, los filósofos; han hablado los moralistas, los campeones de una moral ascética o, cuando menos, teológica; han hablado los jueces; han expresado su opinión los poetas del Renacimiento y del Romanticismo... Y quien debió hablar en principio por encima de todos, por sobre todas las concepciones e ideales de una humanidad artificialmente educada, no lo ha hecho, no ha podido hacerlo: el médico.

Porque el médico, el físico y el fisiólogo, el anatomista, como ocurría con todos los apóstoles o profesionales de las ciencias positivas, hubieron de desenvolverse en un ambiente de brutal incomprensión, subyugados por la religión, por la autoridad omnímoda de los poderes sobrenaturales encarnados en otros hombres llenos de imperfecciones, incultos, obcecados y fanáticos, que hablaban en nombre de un dios que no era nuestro Dios, el Dios-Hombre, comprensivo, bueno y verdaderamente justo, sino de una divinidad transformada y hecha a gusto de los propagandistas de la idea nueva, que tenía la misión social de destruir las viejas creencias del paganismo, que no eran mejores, porque todos los extremos resultaron siempre viciosos.

La sexofobia, es decir, el horror al sexo, fué un morbo psíquico que afectó a toda la humanidad entonces civilizada. Contra las graves dolencias psicosexuales, que por no producir la muerte inmediata no eran consideradas peligrosas, se oponían los paliativos y remedios de la religión; era tanto como detener la fuerza impetuosa del mar con soberbios diques de cañas. Y como final de esas energías incontenibles, estaba el pecado, el castigo, la condenación eterna, detrás del exorcismo, de la aspersión y de la muerte.

Los médicos, los hombres de la verdadera ciencia, que vivían más en contacto con las miserias humanas; los que conocían el remedio eficaz contra tales desastres, hubieron de callar, de permanecer insensibles, exteriormente, contra aquel voluminoso caos, contra aquella espantosa serie de monstruosidades.

Y esta actitud forzosa, impuesta por poderes fuertes e indiscutibles, aún sigue manteniéndose en nuestros tiempos de televisión y aviación. El progreso científico en este terreno de la sexualidad ha sido muy notable, no cabe duda; pero la aplicación de los métodos y de las enseñanzas adquiridas es lenta, premiosa y tímida en muchos pueblos donde han tenido cabida todos esos progresos de la inteligencia humana.

Sólo en los países verdaderamente democráticos—la libertad es la principal aliada de la cultura—; donde la vida de los humanos discurre, a pesar de todo, por cauces más naturales, es donde el problema sexual

no existe, donde no puede creerse que la sexualidad sea un problema, exactamente igual que ocurre en los pueblos salvajes y primitivos, cuyos principios vitales no han podido ser alterados por la intrusión de elementos y teorías que son consideradas como criminales y antisociales, por oponerse a las leyes sabias e inmutables de Nuestra Señora la Naturaleza.

LAS TEORIAS DE LOS FISICOS ANTIGUOS

La cuestión sexual en la prehistoria.—Los médicos prehistóricos.—Los médicos sacerdotales.—La sexología en Babilonia y Asiria.—La higiene de los genitales.—Los egipcios.—Medicaciones contra la impotencia y la debilidad.—Los judíos y sus teorías sobre la menstruación.—Los psicofisiólogos indios.—El origen de las dolencias venéreas.—Grecia y Esparta.— Licurgo.—Las teorías hipocráticas.—Virginidad y aborto.—El médico en la antigüedad.

Los datos obtenidos por los arqueólogos más notables revelan que para el hombre prehistórico debieron tener gran importancia las enfermedades y traumatismos que en un momento podían interrumpir el desarrollo de la actividad del individuo; pero, en cambio, los partos figuraban entre los procesos naturales menos dignos de atención, ya que éstos se repetían en constante regularidad. No obstante, no todos los partos fueron normales, como lo prueba el hecho de haberse encontrado esqueletos de niños que nacieron muertos o vinieron a la vida prematuramente.

Aquellos seres prehistóricos no tenían problema sexual; a lo sumo, el problema se planteaba al ocurrir aquellos partos difíciles o imposibles, que seguramente requerirían la intervención de una persona entendida o experimentada, no sabemos si una mujer o un hombre. Y que existían estas personas, estos médicos, es un hecho indudable: en Austria, en Bosnia, en Francia y en otros países se han descubierto las huellas de una medicina remotísima referente a la sexualidad, y de las que Wiegers ha hecho una interesante recopilación para demostrar que el hombre primitivo tenía ciertos conocimientos de las particularidades anatómicas de los órganos genitales externos, como lo prueban las representaciones de la vulva, como órgano aislado, encontradas en Aurignac (Francia), y que no podemos admitir exclusivamente rela-

cionadas con la erótica, sino con la anatomía sexual. Huelga decir que esas representaciones son muy imperfectas, aunque, esto no obstante, no requieren grandes esfuerzos imaginativos para comprender con claridad su carácter.

Se ignora si existirían "escuelas" de medicina; pero es muy posible que todas esas pruebas de la preocupación de los hombres prehistóricos por las cosas de la procreación obedeciesen a un sistema educativo, no sabemos si de todos los individuos o, lo que es más probable, de quienes hubieran de dedicarse a la profesión de médicos o "cosa" parecida.

En unos bajorrelieves descubiertos en las cuevas de Aurignac se ve la representación de un parto, según unos, y la del coito, según otros. Desde el momento en que la práctica de la sexualidad era libre, como se revela en el hecho de que las gentes vivieran en promiscuidad, entregadas a la tarea de procrear nuevos seres, es posible rechazar la idea de que esos bajorrelieves, aunque representen el coito, equivalgan a una modalidad de la pornografía prehistórica, es decir, a un motivo excitador del acto sexual. Luego entonces, y esto es lo más probable, más bien nos parece una representación didáctica del coito o del parto, desde el punto de vista meramente científico, que el capricho de un pornográfico.

Todavía abonan más en pro de esta hipótesis otros descubrimientos, en los que se representa una mujer amamantando a un niño y dando a luz, al mismo tiempo, a otro, algunos reproduciendo la figura de monstruos dobles, objetos dedicados a facilitar los partos y hasta para producir el aborto, como los descubiertos en las excavaciones de Troya, efectuadas por Schliemann, etc.

Así, pues, todos los rastros de la prehistoria relacionados con la vida sexual de aquellas edades remotísimas demuestran que el problema sexual no existía para los individuos, aunque es innegable que los médicos, los comadrones u otros especialistas parecidos, se ocupaban del aspecto positivo de las relaciones de los sexos, o sea de sus consecuencias naturales. Claro es que todos estos detalles son muy vagos y poco ciertos; pero si se tienen en cuenta las observaciones realizadas cerca de los pueblos actuales que viven en un estado de primitivismo que coincide con las pruebas obtenidas por los investigadores de las edades prehistóricas, es indudable que ya disponemos de datos suficientes para asegurar que lo mismo que la sexualidad no es un problema para estos salvajes, tampoco lo fué para los primeros habitantes de la tierra, de quienes se pueden tener noticias más o menos ciertas.

No obstante, no queremos decir con esto que aquellas gentes no tuviesen preocupaciones acerca de las cuestiones del sexo. En estos pueblos actuales a que nos referimos nos encontramos con que la sexualidad tiene aspectos graves y respetables, como se demuestra por las solemnes ceremonias de iniciación pubertal a que ya hemos hecho referencia en otra parte de esta obra. Entre estas gentes, esas ceremonias no se dejan al arbitrio del individuo, sino que suelen estar dirigidas por los jefes, por los hechiceros o por los curanderos, principalmente por éstos, ya que, como es sabido, el primer contacto sexual produce una efusión de sangre en los órganos genitales de la mujer. Al mismo tiempo, o quizá en los primeros días de la infancia, como sucede en muchos pueblos, el joven o el niño son circuncidados, operación que se efectúa tanto en nombre de la higiene como en el de la erótica, o a veces como práctica principalmente religiosa, como sucede entre los musulmanes.

En estos casos, el curandero, que lo mismo aplica su ciencia al mordido por un reptil que al niño que sufre un empacho, es quien ejecuta el acto esencial de la vida reproductiva de los individuos de la tribu. Y este "médico" no está cohibido por leyes morales contrarias a los actos que ejecuta, porque la moral es una cosa y la sexualidad otra; es decir, que el no existir trabas de ninguna índole más que las naturales, para que un hombre y una mujer constituyan una sociedad con el fin principal de tener hijos, resulta que no existe problema, y, por lo tanto, es un individuo perfectamente útil a la sociedad de sus semejantes, y su profesión es tan libre y tan digna como sea la del sacerdote, aunque prácticamente resulte más importante aún que la de éste, porque la biología es también una cosa y la espiritualidad es otra.

Hay razas, pueblos o tribus en las que el jefe, el sacerdote y el curandero son una sola persona; pero en casi todas, por lo general, estas funciones son independientes. Ahora bien, el sacerdote, el guardián de los ídolos o fetiches, no se mezcla para nada en los asuntos que son de la incumbencia exclusiva del curandero, es decir, del médico, como se estiman a todos los aspectos de la vida de reproducción especialmente ordenada en el sentido de producir seres sanos y útiles. No obstante, el sacerdote que, hasta cierto punto, marca la pauta moral que indudablemente se contiene en todas las religiones relacionada con la sexualidad—no olvidemos que la castidad y la abstinencia relativas ofrecen

indiscutibles ventajas—, marcha en esos pueblos de perfecto acuerdo con el médico, porque en este punto basta sólo con ser hombre y estar dotado del natural raciocinio para comprender lo que es beneficioso y lo que es nocivo para el perfecto equilibrio físico y moral de los seres.

Luego es posible que los hombres prehistóricos que vivían en íntimo contacto con la naturaleza se expresasen lo mismo que hoy podemos observar que ocurre entre los salvajes a que aludimos. Sin embargo, no tenemos noticias de que en aquellos tiempos existiesen sacerdotes y religiones, aunque es de suponer que sí que hubiera todo esto; pero de lo que no cabe duda, según los descubrimientos de los investigadores de la prehistoria, es de que existían curanderos que dedicaron una atención imperecedera, como se ve en esas piedras, a las cuestiones sexuales.

Los babilonios y asirios formaron un pueblo cuya civilización es la más antigua que conocemos. El rey asirio Sardanápalo hizo recopilar todas las obras médicas que los sabios habían escrito sobre placas de arcilla que se supone estuvo formada por 100.000 tablas o páginas, de las cuales se conservan 30.000 fragmentos en el Museo Británico de Londres. No obstante, es posible que esos tratados daten de 3.000 años antes de Jesucristo.

Los datos obtenidos demuestran que aquellos tratados se componían de un confuso conglomerado de afirmaciones empíricas, y hasta la magia y el encantamiento formaban parte de las concepciones de tan remotos tratadistas. Los babilonios obtuvieron reproducciones de los órganos genitales externos, especialmente de los recién nacidos.

Los *curadores* eran, por lo general, sacerdotes del culto de Astarté, aunque también había mujeres que desempeñaban las funciones de las comadronas modernas. La preocupación principal de aquellos hombres de ciencia eran las funciones del parto y de la crianza de los hijos, los cuales eran amamantados en su mayor parte por amas de cría, como lo demuestran las páginas del Código de Hanmurapis, escrito 2.300 años antes de Jesucristo.

Acerca de las relaciones sexuales de los antiguos pueblos de la Mesopotamia existen muy pocos detalles desde el punto de vista del médico. Todo lo que se sabe de psicología sexual es lo que podemos encontrar en los ritos paganos del culto de las divinidades eróticas, que ya sabemos que eran bastante desenfrenadas, como el de Mylitta, Cibeles e Istar. Ahora bien, por los tratados de medicina que tradujeron más tarde Herodoto y Estrabón, se sabe que los asirios daban especial importancia a la limpieza de los órganos sexuales, pues el hombre y la mujer, según esos tratadistas, "habían de limpiarse cuidadosamente las partes amorosas una vez realizado el coito y antes de él si el último lavado había ocurrido más de diez horas antes".

Con relación a esta higiene de los genitales, decían los médicos asirios que era una de las prácticas más útiles para conservar la salud del cuerpo y la del alma en las relaciones entre hombre y mujer. Esto revela que el médico no ignoraba las leyes de la psicosexología, ya que la insistencia en conservar limpios los genitales, especialmente los de la mujer, obedecía a razones fundamentalmente estéticas, que seguramente tendrían para aquellas gentes más importancia que las fisiológicas.

La afirmación de que la suciedad de los órganos sexuales femeninos era un elemento favorable al desarrollo de los malos espíritus del amor y del embarazo, encarnados en Labartu, equivalente a un secuaz de nuestro Satanás o cualquier otro personaje de su corte, no sabemos si se fundaba en sentimientos sinceramente mágicos o era equivalente a una amenaza con el fin de que las gentes observasen aquellas prácticas higiénicas que tanta importancia tienen en la atracción sexual. No obstante, si los médicos eran mágicos también, la finalidad era la misma y sus ideas tendían a un objeto unánime.

En las ceremonias de iniciación que se celebraban bajo la advocación de la diosa Cibeles, esos sacerdotes-curadores dirigían los actos que tenían lugar en los festejos eróticos. Por lo tanto, aquellos médicos eran los educadores de la juventud, y como quiera que la procreación era considerada como la función más respetable del género humano, es indudable que el papel del médico tuvo en aquella época una importancia trascendental.

Entre los egipcios nos encontramos también con estos conocimientos de la psicología sexual. Según el Dr. Fischer, el papel del médico egipcio era considerado como actualmente no se tiene idea con relación a los clínicos modernos.

En el antiguo Egipto, las muchachas maduraban sexualmente con bastante precocidad, contrayendo matrimonio en edades muy jóvenes, por lo general entre los doce y los catorce años. Ebers halló en sus investigaciones entre los papiros del Museo de Berlín que una niña, casada a los ocho años, dió a luz un niño muy hermoso al cumplir los nueve años.

Los sacerdotes eran quienes preparaban las uniones, pero los médi-

cos las autorizaban o negaban, según el aspecto físico o el estado mental de los candidatos al matrimonio.

Los médicos concedían gran importancia al aspecto sexual de la vida, llegando hasta el extremo de prescribir el uso de cosméticos y drogas para la higiene de los genitales femeninos, como lo demuestran las recetas de sahumaciones y de las pastas sahuméricas, aparte de los perfumes que se introducían en los órganos para que no olieran mal. (Fischer.)

También se dedicaba especial atención a la anestesia sexual, que parece que fué muy frecuente entre las mujeres egipcias. Un papiro del Museo Británico, redactado por un médico egipcio, hace cerca de 3.000 años, contiene varias prescripciones encaminadas a remediar la frialdad femenina, así como otras referentes a la impotencia o la debilidad genital de los hombres. Estas substancias estaban compuestas a base de los principios activos de los afrodisíacos modernos, especialmente la "mosca de Milán", o sea la cantárida. Se habla también de la urticación, de la flagelación del pene y hasta de la hidroterapia.

Nadie más que los médicos podían intervenir en los trastornos de las funciones sexuales, si bien era necesario el permiso del rey para consultar los tratados de medicina que se guardaban en los archivos reales.

Respecto de los antiguos judíos, no puede decirse más de lo que se sabe por la Biblia, en la que se contiene algún material, muy escaso, históricomédico. La relación de los hechos históricos con los sentimientos religiosos impide detallar las concepciones de los médicos de aquella época con relación a la sexualidad.

En primer lugar, tenemos la práctica de la circuncisión, de la cual no puede haber dudas de ningún género. El pueblo hebreo parece ser el primero que estableció el *tabú* de la menstruación en las épocas civilizadas, aunque, esto no obstante, su origen se remonta a las concepciones anímicas de la era prehistórica.

Posiblemente, los médicos judíos eran a la vez sacerdotes, y es probable que su misión respecto de la sexualidad no fuera más allá de lo que prescribían los textos bíblicos. Fischer dice: "Las comadronas eran conocidas en los tiempos preegipcios. También se hablaba ya del alumbramiento. A las puérperas se las consideraba como impuras, y tanta importancia se dió al asunto, que se las dedicó todo un capítulo. La mujer que ya ha dado a luz un niño debe ser considerada como impura durante siete más treinta y tres días, y si ha dado a luz una niña, durante catorce más sesenta y seis días. Los números mencionados en primer lugar se refieren a la impureza para las relaciones sexuales con el hombre, y los citados en segundo lugar, a la impureza para el santuario y los objetos sagrados."

Con referencia a la menstruación, la actitud de aquellos curadores sacerdotales es posible que no tuviera por base consideraciones higiénicas, sino más bien estéticas: el asco producido por la mujer menstruante, que daba lugar a su impureza periódica, se encuentra aún entre los pueblos hebreos modernos y aun en las gentes de mayor cultura, que en esto no se diferencian en nada de las que viven entre los semisalvajes de las tribus de Africa.

Los médicos religiosos prescribían que la mujer que desease reanudar las relaciones sexuales con su marido después de ese período de impureza, que se fijaba en una semana, aunque el flujo menstrual durase sólo tres días, había de efectuar cuidadosos lavados de su cuerpo, especialmente de los órganos genitales, así como de las ropas de cama, vestidos y objetos que hubiese podido tocar durante ese plazo. Por esta razón, las mujeres solicitaron de los médicos los remedios adecuados para impedir los menstruos, ya que, aparte el impedimento formal que implicaban para la práctica del amor, resultaban antieconómicos, por el hecho de tener necesidad de realizar determinados gastos con el fin de hacer desaparecer hasta el más mínimo rastro de la pasada impureza menstrual.

También sabemos la importancia trascendental que para los judíos tuvo la virginidad, tradición que aún se conserva entre la mayoría de los pueblos cristianos. No obstante, a pesar de que casi toda la moral del pueblo judío radicaba, en lo que a la mujer se refiere, en la existencia de esa membrana, no sabemos que los médicos poseyeran sistemas más o menos precisos para enjuiciar acerca del pudor de las doncellas. Todo lo que dicen a este respecto es que "la mujer que en su primer contacto con varón no sufriese la hemorragia de la doncellez debía ser repudiada por su esposo y hasta lapidada". Este código feroz ocasionó no pocas víctimas entre aquellas infelices mujeres, que muchas veces encontraron en los médicos, no los consejeros leales y desinteresados, sino los verdugos implacables, que hablaban en nombre de la religión y jamás en el de la ciencia.

Entre los antiguos Vedas de la India, el *Atharva-veda*, o sea el libro de los médicos magos y de los sacerdotes mágicos, es donde se encuentran las relaciones de la medicina con la vida sexual, aparte de los *Kama-Sutra*, que son tratados de erotología escritos también por esos autores, que armonizaban la religión con la ciencia. Los médicos

Susruta y Caraka, posteriores a la época védica, se ocuparon con más detenimiento de la sexualidad, pero no en el sentido de los erotólogos, sino principalmente en lo que se refiere a la ginecotología.

Toda la psicología sexual de los tratadistas indios se contiene en los tratados del amor, que son, sin duda alguna, los más completos que hemos heredado de aquel pueblo supercivilizado. Lo único que preocupaba a estos médicos eran las anomalías funcionales o anatómicas de los órganos de la reproducción, ya que, teniendo la copulación un carácter sagrado, que se inspiraba en las leyes de la naturaleza, los hombres, mágicos y médicos, no hicieron más que modificar dichas leyes en lo concerniente a las expresiones puramente sociales de la sexualidad, hecho que se advierte en la actuación de todos los reformadores.

Estos fisicopsicólogos apenas si hicieron otra cosa que establecer reglas adecuadas para armonizar los intereses sociales de la colectividad con los impulsos sexuales del individuo. Las prohibiciones que dictaban en lo que se refiere a la práctica de esas funciones no fueron más allá de lo que modernamente puede considerarse en absoluto moral, es decir, en el sentido de ser permisibles las manifestaciones del instinto, siempre que de ello no se derivasen perjuicios para la mujer o la descendencia, y en muchos casos para el hombre mismo, como se observa en la afirmación unánime de los médicos de que la enfermedad denominada *upadhansa*—la blenorragia—era causada por las enfermedades vaginales de la mujer. Esta dolencia inhabilitaba a la mujer para practicar el coito "noblemente"; pero como no se consideraba que las mujeres fueran muy nobles, se decía a los hombres cuáles eran los síntomas de la *upadhansa* en la mujer, a fin de que, conociéndolos, se abstuviesen de copular con aquellas que se encontrasen en tan peligrosas condiciones sanitarias.

Por esta razón, lo mismo que en la ciencia médica de los asirios, babilonios y egipcios, los físicos indios concedían la máxima importancia a la higiene íntima de la mujer. Lo mismo en sus libros que en sus prédicas, se les prevenía acerca de los innumerables peligros que para la salud podían derivarse del hecho de descuidar la limpieza de los órganos de la copulación. Esta misión incumbía más al médico que al teólogo, aunque en las obras teológicas referentes al amor también se conceden grandes espacios a la higiene íntima de los sexos, cuya falta origina enfermedades y el nacimiento de monstruos.

Los médicos indios no permitían el matrimonio de las mujeres demasiado jóvenes, enfermas o demasiado viejas, pero autorizaban la cópula siempre que se tomasen las necesarias precauciones contraconceptivas. Estos físicos parece que fueron los primeros eugénicos negativos de que se tiene noticia, pues en muchos casos prescribieron la castración para evitar que se reprodujesen los enfermos, los débiles y los que no daban muestras de valor en las guerras o de gran resistencia para el trabajo.

Del mismo modo, cuando un hombre había tenido dos hijos degenerados o enfermos, se le castraba por disposición de los facultativos oficiales, y en algunos casos, si, a pesar de su incapacidad reproductiva, se resistía a ser castrado, el verdugo se ocupaba del contraventor, arrojando después su cuerpo a los cuervos.

"Entre las causas de las enfermedades de la mujer—dice Fischer—, se daba la preferencia a las anomalías de la constitución, a los trastornos de la menstruación, al semen putrefacto, a exceso del líbido, sobre todo cuando el marido tenía un miembro excesivaente desarrollado, y a los accidentes casuales. La esterilidad fué considerada como una consecuencia de las malas propiedades de la sangre menstrual o como debida a distintas afecciones del útero."

A pesar de toda su ciencia, aquellos médicos sostenían que las enfermedades venéreas eran comunicadas siempre por la mujer al hombre, y jamás a la inversa. El fundamento de esta teoría estaba en el hecho de que los órganos genitales femeninos son anfractuosos y extensos, lo que no ocurre con los del hombre, y, por lo tanto, la falta de higiene determinaba todo género de infecciones y hasta que la mujer pariese monstruos o hijos muertos. Si eran degenerados o débiles, por excepción se atribuía la culpa al padre.

No negaban las ventajas de la abstinencia relativa, y la aconsejaban siempre, especialmente en los casos de enfermedad y cuando el hombre había de acometer empresas que requiriesen de todo su esfuerzo intelectual y físico. Pero en cuanto a la mujer, no observaban aquellos médicos la misma actitud; sostenían, muy acertadamente, que la mujer no tiene el mismo desgaste que sufre el hombre, y, por el contrario, se asimilaba las energías que perdía él. Por otra parte, la depresión moral, la melancolía, la tristeza, la falta de ganas de trabajar, los dolores de cabeza, de dientes, etc., eran trastornos atribuídos a la falta de función genital. Por esta razón es por lo que la viuda tenía que contraer matrimonio a los pocos días de la muerte de su esposo, y en caso de que su edad no lo permitiese o no encontrase quien la desposara, tenía que ser enterrada viva en la tumba de su dueño. Esta costumbre

se ha practicado en la India hasta hace muy poco tiempo, y bastante después de la dominación inglesa.

En cuanto a Grecia, de su antigua civilización se derivaron múltiples enseñanzas, que fueron reconocidas durante dos mil años como el fundamento del ejercicio práctico de la ciencia médica en todos los países civilizados.

Antes de Hipócrates puede decirse que se siguieron las tradiciones heredadas de los asirios y egipcios. Como en todos los pueblos antiguos, la procreación es lo que principalmente preocupaba a los físicos, después de que perdieron actualidad, por así decir, los ritos del paganismo.

La especial moralidad de los griegos de la época socrática dividía a la sexualidad en dos partes: una, normal, y otra, anormal o viciosa, como era la homosexualidad. No obstante, los médicos prestaron gran atención a las fiestas gimnásticas, desempeñando un importante papel en la dirección de los torneos atléticos. Fué esta época la exaltación de la belleza de la forma. Seguramente fué en Esparta donde se inició el movimiento nacionalista en pro de la mejora de la raza, especialmente bajo el mando de Licurgo, el cual procuró que la vida sexual de los espartanos no fuese tan impráctica y escandalosa como la de otros pueblos.

Los límites que se pusieron a los anteriores desenfrenos estribaban, principalmente, en el hecho de la procreación. Todos los hombres y mujeres bellos, fuertes y sanos tenían el derecho de amarse y la obligación de dar hijos a la patria. Ahora bien, de acuerdo con las teorías de los médicos, bastante imprecisas, ya que se ignoraba casi por completo la fisiología sexual humana, se establecieron reglas de castidad que contrastaban rudamente con las licencias del paganismo, que siempre repugnaron a los elementales fisiólogos de la época. Estos fundaron unas teorías que indudablemente podían ser tildadas de antisociales. "El espartano—dice un historiador—era guerrero y no trabajador, y aun cuando rudo y casto, un aristócrata. Despreciaba el trabajo, que abandonaba a los esclavos e ilotas, y de este modo éstos progresaban, mientras ellos se estacionaron. No comprendían tampoco el valor estimulante del trabajo, útil para el cerebro y el cuerpo...; todos sus esfuerzos se dirigían únicamente a la fuerza muscular, a la destreza corporal, al valor, a la honestidad y a la simplicidad de costumbres, nunca a la elevacin de la inteligencia y de los sentimientos."

En efecto, la psicología sexual no ocupaba la atención de los filósofos ni de los médicos: era sólo la parte fisiológica referente a la selección, a la copulación y a la procreación, lo que más importaba a los legisladores.

Al propio tiempo, la mujer estaba bastante descuidada en lo concerniente a sus necesidades eróticas. Los griegos no admitían la teoría de que el orgasmo en la mujer fuese imprescindible para la procreación, y, por lo tanto, no se ocuparon demasiado de la frigidez femenina, en tanto que reconocían que la abstinencia sexual de la mujer era el origen de muchas enfermedades.

Atribuían la esterilidad al elemento masculino, que dividieron en congénita, adquirida, absoluta y relativa, admitiendo que una mujer pudiera ser estéril con un hombre fecundo, en el caso de que el semen no fuese bien acogido por el órgano femenino, en cuyo caso podía entrar en putrefacción.

Según los hipocráticos, los jóvenes debían contraer matrimonio, estando sanos, cuando la mujer sintiese deseos de realizar el coito, y muy particularmente durante o inmediatamente después de las menstruaciones, porque en esta época, decían, "la matriz se ha vuelto hacia el pubis, su boca está abierta y se hallan vacías las cavidades uterinas".

Estimaban estos hombres de ciencia que las mujeres de temperamento ardiente no debían contraer motrimonio, porque sus partos eran difíciles y algunas veces mortales para el feto. Creían, por el contrario, que las mujeres rubias eran más frías, y por lo tanto, más aptas para la fácil procreación. Esta teoría hipocrática acerca de las rubias es completamente equivocada. A pesar de todo, nunca se ponían dificultades a la sexualidad de los individuos sanos, ya que la práctica no confirmaba estas ideas en todos los casos.

Las teorías acerca del placer sexual no eran menos pintorescas, especialmente en lo que se refiere a la producción del orgasmo. Según Galeno, la Naturaleza, para que no se acabase la humanidad, había creado la sensación voluptuosa, provocada por substancias irritantes que circulaban con la sangre por los órganos genitales. Dichas substancias, afirmaban que procedían de la mitad izquierda del útero, por recibir esta mitad desde la arteria renal izquierda substancias ardientes e irritantes. Según un autor que estudió con detenimiento las teorías de estos clásicos, "también intervenían en la sensación de placer producida por el coito los corpúsculos situados a ambos lados del cuello de la vejiga, corpúsculos glandulares—decían—, en los que se forma una especie de esperma, de composición muy flúida. Decía Galeno que los hombres notan que se humedecen durante los contactos sexuales, y atribuyó este hecho a la secreción de tales corpúsculos, afirmando que

existían glándulas análogas en la faringe, en la lengua, en la tráquea y en las vísceras".

Los romanos, que heredaron las enseñanzas de los griegos allá por el siglo III antes de Jesucristo, no se ocuparon con más fortuna de la parte fisiológica de la sexualidad que el resto de los pueblos antiguos.

Resumiendo cuanto ha podido investigarse acerca de la actitud de los médicos antiguos ante la cuestión sexual—que no debemos llamar "problema"—, vemos que, desde el punto de vista de la moral, según lo entendemos modernamente, no existían trabas ni cortapisas en el comercio de los sexos.

La virginidad, uno de los detalles más importantes en la apreciación moderna de la virtud femenina, no tenía ningún valor. La prueba está en que los médicos antiguos no conocían la existencia de esta membrana, y hasta llegó a negarse que las mujeres poseyesen este velo. No obstante, conocían la hemorragia del primer coito, pero ello lo atribuían, principalmente, a una dilatación de las paredes de la vagina por el miembro viril. A pesar de todo, no consideraban que todos los primeros coitos hubieran de ser cruentos, ya que la capacidad del conducto podía ser tan variable como el diámetro del pene del hombre, sosteniéndose también la idea de que unas mucosas podían ser más resistentes y otras más sensibles al roce o el traumatismo producidos por el miembro.

La mezcla de creencias mágicas y religiosas, que en todos los tiempos y en todos los pueblos han ido unidas a la sexualidad, permitían afirmar la posibilidad de embarazos sin la intervención del hombre. El "aura seminalis", o sea el semen, se consideró unas veces como un vapor y otras como un espíritu. Se creía que el aire podía transportar los gérmenes fecundantes que se introducían en el cuerpo de la mujer, en virtud de los poderes divinos o mágicos. El desconocimiento de la existencia de la membrana himen no permitía la posibilidad de negar tan extraña teoría, ya que todo era admisible. Los hebreos no aceptaron estas creencias, y aunque tampoco pudieran hablar de la existencia de la "flor virginitatis", era absolutamente preciso que las mujeres ofreciesen las pruebas de sus primicias por medio de las clásicas gotas de sangre manchando la albura de las sábanas, que después se exponen al público en el balcón de la alcoba nupcial.

El hecho de que aquellos fisiólogos ignorasen la existencia de esta incógnita del magno problema se explica, principalmente, porque entonces no era permitido realizar investigaciones anatómicas en el cuerpo humano, ya fuese vivo o muerto. Todas esas experiencias se adquirían con los animales, y como quiera que en esas hembras no comprobaban la existencia del himen, se creía que en la mujer tampoco había de existir, ya que no se establecían notables diferencias en cuanto a la estructura de los órganos sexuales externos.

Fué muchos siglos más tarde, cuando Falopio, Vesalius y otros anatomistas se enzarzaron en laboriosas discusiones, negando o afirmando la evidencia del importante detalle físico. Todo esto coincidió con el desarrollo de los ideales ascéticos de la cristiandad, y de esta forma ya llegó a adquirir la frágil membrana la trascendental importancia que aún sigue teniendo para los himenólatras y partidarios del exclusivismo en el disfrute de los servicios sexuales de la mujer.

En cuanto al aborto, otro aspecto importante del problema, hay que hacer resaltar el hecho de que hasta en las investigaciones acerca de la prehistoria se han podido descubrir instrumentos abortivos. Los datos existentes a este respecto no son muy completos; pero en la antigüedad griega no se practicó, ya que la madre tenía derecho a destruir el producto de la concepción a los pocos momentos de haber nacido. Igual costumbre la practicaron otros pueblos, si bien no podía ser ejecutada sin que mediase el consentimiento del médico, el cual autorizaba la eutanasia infantil cuando la madre no podía amamantar a la criatura, cuando ésta nacía débil o tarada con alguna deformidad o cuando las posibilidades económicas no podían permitir el cuidado y la educación del recién nacido.

El papel del médico antiguo, desde la prehistoria hasta el cristianismo fué exclusivamente profesional. En los usos de algunos pueblos se encuentran ciertas trazas de la mediación de los religiosos, pero nunca hubo verdadero problema moral con relación a la sexualidad. La mezcolanza de teorías científicas, religiosas y mágicas que acompañaban a estas cuestiones estuvo, por lo general, en manos de los médicos. Todo el afán de los legisladores estribaba en incrementar la procreación, pues no debe olvidarse que las continuas guerras aconsejaban el dominio de una política natalista.

El adulterio se castigaba con la severidad que vemos ocurría en la Edad Media porque hasta entonces no intervinieron los factores económicos en la constitución de los matrimonios con tanta intensidad como surgió al desarrollarse la moral del cristianismo. Es posible, además, que, siendo la mujer poco menos que un objeto de la propiedad del marido, no se sometiese siempre a él, a no ser que mediasen fuertes elementos de atracción. De todas formas, el médico no tenía para qué intervenir en lo que era un hecho completamente social sin

trascendencia biológica alguna. Así, pues, los médicos de la Edad Antigua gozaron de una independencia casi absoluta en lo poco que podía conocerse de la sexualidad, circunstancia que no acompaña a la misión de los físicos modernos, más sometidos a los imperativos de la moral que a los de la ciencia.

Los fundamentos biológicos del paganismo. — La reacción cristiana.—Problema social y no biológico.—Libertinaje y ascetismo.—La actitud de los médicos antiguos frente a las doctrinas ascéticas.—Los médicos hebreos.—El problema de la impureza femenina.—Los médicos y las demonopatías.—El desprecio a la mujer.—Desarrollo del problema.—Fanatismo e ignorancia.—Sexualidad y religión.—La Iglesia reconoce la razón de los médicos.

La doctrina del cristianismo fué, ante todo, una reacción brusca, violenta y enérgica contra los usos de los paganos. Si el paganismo hubiese sido una religión ascética, en la que las fiestas de Príapo hubieran equivalido a la mortificación de la carne entre las sectas de flagelantes medievales, el cristianismo habría sido todo lo contrario, a pesar de todo cuanto dijo Cristo acerca de la templanza.

Las prohibiciones de los ascetas y las prescriciones de sus apóstoles se fundaban, no en una doctrina pura y austera de la castidad, sino en las ruinas del paganismo derrotado. Las leyes y la moral de la nueva religión se inspiraron en un motivo social, pero jamás biológico: biológico, hasta cierto punto, era el paganismo. Los paganos de Asiria, de Babilonia, de Grecia y de Roma fueron, si se quiere, grandes instintivos. No obstante, el predominio de las energías primitivas sobre las conveniencias de la cultura y de la moral—sin olvidar que la moral no era otra cosa que la costumbre—no excluía la finalidad de las relaciones sexuales, como es la procreación o la reproducción constante de especie. El instinto y el interés de la raza eran perfectamente compatibles entre los paganos, pero la incompatibilidad de ambos factores se evidenció inmediatamente en el cristianismo al ser glorificada la virginidad.

Los paganos no tenían conocimientos de fisiología; pero tampoco fueron más afortunados los cristianos en la comprensión de las necesida-

des corporales y anímicas de la humanidad. En cambio, comoquiera que el instinto sexual y todos los impulsos naturales eran practicados por los antiguos sin restricciones notables, al estar dotado el organismo de un grado de resistencia indeterminado, el límite de los excesos era fijado por la propia naturaleza y no por las leyes sociales. En contraste con dichos usos, la doctrina ascética no sólo ponía obstáculos a la normalidad natural de la expresión de los impulsos, sino que los refrenaba en absoluto, tratando de ahogarlos, y hasta de suprimirlos, como si esto hubiera sido alguna vez una tarea fácil y posible.

En síntesis, el problema sexual se planteó a la humanidad por imposición de los credos ascéticos y no por conveniencias puramente naturales. Por consecuencia, los hombres que habían estudiado, logrando adquirir el dominio relativo—entonces casi absoluto—de la ciencia de curar, fueron los primeros en darse cuenta de los graves peligros que podía entrañar para los intereses de la raza la implantación de aquellas leyes, demasiado severas, no sólo para no ser aceptadas, sino para no ser discutidas.

La manifestación más sugestiva del paganismo era la libertad, o, por mejor decir, el libertinaje sexual acompañado de todos los placeres que halagan a los sentidos: la reacción cristiana impuso todo lo contrario, y la prueba más concluyente de la abominación de los anteriores usos sólo podía aportarse mediante la sumisión a todo lo contrario.

Naturalmente, no es posible creer que todos los conversos fueran a aceptar de lleno las teorías y prácticas del dogma nuevo en términos absolutos; no obstante, aun en la relatividad de esta aceptación, ya era posible observar innumerables ventajas, lo mismo para lo moral que para lo físico, en contraste con todas las manifestaciones opuestas, que con tan graves síntomas se hicieron notar entre las gentes que adoraban a los dioses mitológicos. La decadencia de Grecia y de Roma en todos los órdenes de la actividad fué un ejemplo demasiado grave para que las gentes sensatas no se diesen cuenta de las grandes diferencias existentes entre uno y otro sistema religioso.

Los físicos fueron también los primeros en reconocer estas ventajas y en mostrarse de acuerdo con las doctrinas de los cristianos, y durante mucho tiempo el mundo siguió su marcha normal y floreciente, creándose así otra moral positiva mucho más útil y consciente, más sana y más a tono con los intereses de la humanidad. La dictadura del ascetismo, como todas las dictaduras, fué acogida con verdadera complacencia por los adeptos de la nueva religión.

Lo que no tardaron en comprender los médicos de los siglos más viejos de la historia es que la castidad se contiene en la naturaleza misma, y, por lo tanto, lo que más podía hacerse, desde el punto de vista fisiológico, era colaborar con esas energías primitivas para impedir el desequilibrio de las funciones psicofísicas en relación con la normalidad de las leyes naturales.

De ahí que los médicos, desprendiéndose de todo artificio y de aquellas influencias dogmáticas en que se inspiraban los apóstoles del cristianismo que lucharon contra la religión pagana, comprendieran que, del mismo modo que el desenfreno sexual era contrario a la naturaleza, puesto que evidentemente perjudicaba a la salud del individuo, restándole energías para la práctica de las actividades sociales, la abstinencia, la negación absoluta de los impulsos naturales, producía un mayor desequilibrio en las funciones afectivas y fisiológicas, puesto que al negarse el amor humano y positivo, el cual trataban de destruirse, los afectos más puros se dirigían a las divinidades, sin que por ello se obtuvieran resultados prácticos evidentes.

No fueron los cristianos de los primeros tiempos los creadores del problema sexual: es en la absurda y feroz ley mosaica donde encontramos el origen de esos sentimientos de horror que aún siguen rodeando a todo cuanto se refiere al amor sexual, porque este criterio sigue siendo sostenido por los profesionales de la moralidad de una gran parte de los pueblos civilizados. "La ley impuesta a generaciones anteriores, como reconoce la antigua teología—dice un autor—, ha sido la guía y maestra que luego ha conducido a otras a la ley de Cristo, o, como se expresa la ciencia moderna, fundándose en la misma idea, las últimas generaciones se han inmunizado y adquirido, finalmente, cierto grado de protección contra el vicio, que, de existir entonces absoluta libertad, hubiera destruído a las primeras generaciones."

Los médicos hebreos, antes que médicos, hebreos, se pusieron de acuerdo con los teólogos para reconocer la necesidad de imponer a aquel pueblo fanático e impresionable leyes y prohibiciones, no en lo referente a la voluptuosidad exclusivamente, sino como medida higiénica de carácter general, ya que los primeros judíos no se distinguieron, como la mayor parte de las colonias hebreas modernas, por su amor a la limpieza. A este propósito, dice Marestan:

"Las historias del padre azotador del Antiguo Testamento respondían a la necesidad de obtener de un pueblo pueril, mediante el terror, lo que sin duda no se esperaba poder obtener por el raciocinio. Es muy probable que las ordenanzas del legislador de los judíos, concernientes a las relaciones conyugales, le fueran dictadas por la sola preocupación

de prevenir funestos abusos; lo propio que las obligaciones religiosas del ayuno, de la circuncisión, de la abstinencia, de las abluciones, etc., no tuvieron, aparentemente, jamás otro motivo que el deseo de inclinar al vulgo a prácticas higiénicas. Pero si la intención fué buena, el excesivo rigor de los medios debía resultar contra la finalidad perseguida y determinar, en otro sentido, aberraciones y excesos peores que el mal que se quería combatir."

No hace falta más que repasar algunos capítulos de la Biblia para darse una idea de lo que la sexualidad representa para el pueblo de Israel, cuyas doctrinas "prohibían" en absoluto, y a veces bajo penas muy severas, las manifestaciones espontáneas, involuntarias e inevitables, de la naturaleza humana. Una consecuencia de la castidad eran, por ejemplo, tratándose del hombre, las poluciones, los desahogos normales de su naturaleza. Pues el hombre que manchase las ropas con su semen tenía que lavarlas, que bañarse él y realizar otras prácticas higiénicas, mientras que durante todo aquel día era considerado impuro.

Del mismo modo, los médicos coincidieron con los teólogos en reconocer que era evidente y peligrosa la impureza de la mujer menstruante, la cual debía permanecer aislada durante siete días, a fin de que los hombres, los animales y las cosas no se impurificasen con su repugnante contacto. Igualmente, si padecía flujos o hemorragias genitales, se la consideraba en el mismo estado de impureza; si daba a luz un niño, era impura durante treinta y tres días, y durante sesenta y seis si era niña, como si el sexo femenino llevase consigo una impureza especial.

Lo mismo daba que las relaciones de los sexos estuviesen autorizadas por el matrimonio como que fueran libres: la mujer más honesta se veía envuelta en el más repugnante oprobio en cuanto menstruaba o daba a luz. La maternidad, que hasta para los pueblos más salvajes constituye un estado casi de santidad para la mujer, era para los hebreos algo repugnante y maldito. Los médicos no podían tocar a la parturiente, para evitar la contaminación de la sangre o los líquidos placentarios, y habían de ser otras mujeres, seres siempre despreciables, las que realizasen estas funciones tocológicas. Si desgraciadamente una mujer padecía cualquier afección a la matriz, era abandonda a sus propios medios y jamás atendida por los que estaban en el secreto de la ciencia de curar.

Este código moral, que se instituyó mil ochocientos años antes de Jesucristo, influyó primero sobre el cristianismo, sobre el catolicismo después, y por último, sobre las costumbres de las sociedades que se sometieron a esas doctrinas acatándolas por entero. Ahora bien, es cierto que los pietistas protestantes demostraron más incomprensión y una más aterradora gazmoñería que los mismos católicos.

No obstante, los médicos babilonios, griegos y romanos anteriores a la difusión del cristanismo se ocuparon con gran cuidado de enmendar los errores cometidos por los israelitas. A costa de pocos esfuerzos lograron dictaminar de manera terminante que la causa principal de la mayoría de los trastornos sexuales de las mujeres—que era la parte del género humano más sometida al influjo de las viejas leyes mosaicas—estaba en la falta de función de los órganos procreadores. La abstinencia fué la causa, según aquellos médicos, de las enfermedades de la matriz, de los trastornos nerviosos e histéricos, de la locura y hasta de la muerte. Es posible que, en su franca pugna con la religión, aquellos físicos exagerasen bastante su diagnóstico; pero no cabe duda que todos aquellos graves males no se observaban en las mujeres casadas ni tampoco en las prostitutas, mientras que se reproducían con extraordinarios caracteres en aquellas que se entregaban a las prácticas de la religión.

Posteriormente, cuando surgieron las demonopatías, de que ya hemos hablado en otro volumen, los legisladores religiosos no pudieron concebir que todos aquellos graves accidentes nerviosos y psíquicos que se comprobaban en las religiosas obedeciesen a su abstinencia prolongada y heroica; no sirvió de nada que muchos médicos célebres tratasen de demostrar con ejemplos irrebatibles que la causa principal de los trastornos radicaba en la obstinación de oponerse a las leyes de la naturaleza. Por otra parte, como la mujer no siempre está en condiciones de comprender la sinceridad de sus necesidades sexuales, resultaba que al tener sueños eróticos y padecer otras alucinaciones, asociase a ellas la acción de los demonios. Era evidente, según confesión de las propias interesadas, que el diablo les había producido deleites terrenales que las dejaban exhaustas y complacidas, aunque con el alma llena de remordimientos y la carne dolorida o fatigada.

Los médicos comprendieron la naturaleza de estas sensaciones, que no dejaban lugar a dudas; pero aquellas criaturas fanáticas, que no lo sabían, que sinceramente negaban la existencia de sus necesidades sexuales, puesto que éstas no eran conscientes, afirmaron que los médicos mentían, y no sólo que mentían, sino que al mismo tiempo tenían pacto con los demonios.

Si sabemos que el hecho de realizar un descubrimiento o de inventar cualquier cosa útil se consideraba como algo extraordinario, interpre-

tándose como una consecuencia de la inspiración de Satanás, el desdichado médico que inventaba una pócima para curar los dolores de cabeza caía en desgracia al llamar la criminal atención de los inquisidores, los cuales, incultos y feroces, no podían creer que un hombre, por sí solo, al ser menos fuerte que Dios, pudiera poseer tanta sabiduría como entonces se consideraba necesaria para aliviar un mal que indudablemente había de imputarse a la voluntad divina.

Los fisiólogos curaban con hierbas y drogas y los teólogos pretendían expulsar los demonios del cuerpo de los poseídos por medio de las exorcizaciones. No había entonces medicina más eficaz que el agua bendita, y, en último extremo, el fuego.

Según Voltaire, la jurisprudencia de los ascetas, a la que tacha de idiota y bárbara, porque se verificaba sobre todo en mujeres o en jóvenes embarazadas, hizo ejecutar a más de 100.000 víctimas. Y la falta que cometieron estas desdichadas no fué otra sino tener un sistema nervioso mal equilibrado y vivir en una época de bestiales y ridículas preocupaciones.

Los médicos no tenían nada que hacer ante la autoridad y la incomprensión de los jueces. Veían, sí, que la sexualidad se había convertido en un enorme problema cada vez más grave, a medida que las restricciones se hacían más severas. Vingtrinier afirma que en pocos años fueron ejecutados 28 locos, sin que ningún médico hubiese sido consultado, y aun contra la opinión claramente manifiesta de éstos. El solo hecho de querer interceder en pro de estos desgraciados en nombre de la ciencia era más que suficiente para tildar al médico de brujo o sospechoso de hechicería, lo que daba lugar a la prisión y al martirio y muchas veces a la muerte, con la agravante de la condenación eterna.

Las múltiples psicosis que frecuentemente acompañan a los estados menstruales de la mujer, tan bien conocidas por los médicos, incluso por los más antiguos—Hipócrates, Galeno, etc.—, eran interpretadas por los legisladores como actos de inspiración demoníaca, incluso entre las mujeres más castas y religiosas. Delausiauve cree que los desórdenes de la menstruación no fueron extraños a las diferentes epidemias de locura convulsiva y religiosa observadas en las comunidades de monjas y entre las poblaciones de creyentes muy dóciles. De la misma opinión participaron, *sotto voce*, los médicos de aquellos tiempos en que la cultura era un gravísimo pecado, merecedor de la sanción inquisitorial. Pero, a pesar de todas sus convicciones y de la certeza en que la producción de esos fenómenos obedecía al hecho de encerrar-

se en un círculo vicioso, ¿qué podían hacer aquellos campeones de la ciencia enfrente de los otros campeones de la moral?...

Mientras los médicos sostenían que todas las psicosis y neurosis eran el resultado de la abstinencia sexual, los teólogos pretendían que no podían ser otra cosa sino la insinceridad de los sentimientos religiosos. Por esta razón era por la que el diablo poseía a las mujeres, ya que en el alma de éstas no se acusaba la necesaria resistencia a las influencias satánicas, como era posible demostrar a los ascetas fanáticos entregados de lleno a la vida contemplativa.

Muchos de los errores cometidos por aquellos legisladores y la crueldad que se observaba en la aplicación de las sanciones obedecieron al hecho de que los jueces, hombres siempre, enfocaban la cuestión desde el punto de vista de su ascetismo, casi siempre forzoso por tratarse de ancianos, y muy especialmente en virtud de su opinión acerca de la sexualidad femenina, de cuyas necesidades se tenía la pintoresca opinión de que nunca podían ser tan imperiosas como en el hombre, a no ser que mediase la tentación del demonio.

En contra de esta teoría verdaderamente brutal se manifestaron varias autoridades médicas, pero sin el menor éxito. Cualquier manifestación sexual de la mujer era achacada a las influencias satánicas, ya que en todos los casos de delirio y éxtasis de las religiosas se asociaba siempre el elemento erótico. La posesión satánica, que no era más que histerismo o menstruación, se manifestaba siempre por medio de aquellas alucinaciones y sueños de naturaleza sexual íntimamente relacionados con la abstinencia. Un médico aseguró que las demonopatías no se curaban por medio de aspersiones de agua bendita, sino aplicando a las poseídas los remedios que en sus delirios les aplicaba el diablo. En efecto, algunos sacerdotes verdaderamente sinceros coincidieron con los médicos en afirmar, seguramente por experiencia, que el problema sexual existiría siempre mientras durasen los ideales de la castidad impuestos a las mujeres que antes de abrazar la vida religiosa no habían tenido la imprescindible precaución de consultar serenamente con su temperamento.

Pero, a pesar de todo, los legisladores no cedieron un ápice de terreno. Por otra parte, el desprecio hacia la mujer se evidenciaba en aquellos juicios a que las sometían los tribunales de la Santa Inquisición, en los que nadie solicitaba clemencia. Al propio tiempo, las confesiones espontáneas de los hechos más extraños, realizadas con el fin de alcanzar el perdón divino y disfrutar de las delicias del paraíso, creencia obsesionante inculcada a las beatas por sus confesores, no de-

jaban lugar a dudas respecto de la gravedad de los pecados, y por lo tanto, los fallos de los jueces, lejos de encontrar obstáculos en su conciencia y en la actitud de las autoacusadas, que buscaban la muerte como una liberación, se emitían con plena satisfacción, porque siendo la mujer en la tierra poco menos que un animal inmundo, era sólo en el cielo donde llegaría a purificarse de todas las miserias terrenales.

Los médicos, hartos de tanto fanatismo y de tanto crimen cometido en nombre de una divinidad monstruosa y sanguinaria, elevaron su protesta con voces serenas y enérgicas, que no fueron escuchadas, no porque los inquisidores no estuvieran dispuestos a refrenar las actividades del verdugo, sino porque las mismas mujeres, completamente fanatizadas, se negaban a admitir las indulgencias mientras no tuviesen la seguridad de que los demonios habrían de dejarlas tranquilas.

Claro es que como al mismo tiempo seguían obstinadas en su estúpida castidad, puesto que ésta era la condición esencial para gozar de las bondades divinas y de la apreciación eclesiástica, después de los exorcismos volvían a repetirse todos los fenómenos típicos de la posesión satánica. Las alucinaciones eran tanto más graves cuanto mayor era la obstinación de permanecer en castidad. Cuando los médicos, por casualidad, intervenían en estos casos, se encontraban siempre con las verdaderas causas. Fué sobre todo al celebrarse los matrimonios cuando se comprobaba que la mujer, que durante su vida de abstinencia había padecido esos trastornos, quedaba curada al poco tiempo de tener comercio sexual con su esposo.

Pero esta liberación de las garras de la sexualidad contenida sólo podían lograrla las mujeres de cierta categoría social y en el seno de cuyas familias no hubieran intervenido los eclesiásticos. Las que, en virtud de su vocación o las creencias de sus mayores, no tenían más remedio que abrazar la vida religiosa eran las que arrojaban el mayor contingente de neuróticas y desequilibradas.

No obstante, no hacía falta que las jóvenes fueran religiosas: bastaba sólo con que los padres fuesen fieles observadores de la doctrina y que creyesen sinceramente en las declamaciones de los santos y ascetas. Dice San Pablo: "Es beneficioso para el hombre rehuir el placer de los sentidos, y si el que casa a su hija hace bien, aquel que no la casa procede mejor." Y San Jerónimo añade: "El matrimonio es siempre una falta; todo lo que cabe hacer es hacérsela perdonar santificándolo." Orígenes era de la misma opinión al decir: "Cosa impía es impura el instrumento de la sensualidad."

Mientras tanto, Venette, Paré, Pinel y otros célebres tratadistas

médicos trataban de oponerse a estas concepciones antinaturales de los teólogos, que, desgraciadamente para la humanidad, habían logrado introducir sus prescripciones hasta en los mismos hospitales, que pudieran haberse considerado como santuarios de la ciencia. Estos sabios, que, a pesar de toda su ciencia, no dejaban de estar influenciados por las viejas teorías ascéticas, al menos en lo que se refiere a las ventajas de la abstinencia, admitieron la actitud de los teólogos en lo que afectaba a ese punto concreto, reconociendo todo el valor que ello representaba para la salud moral y física de las personas que a su vocación unían la facilidad de dominar sus impulsos sin que de ello se derivasen perjuicios para el mejor equilibrio del casto. Por esto dijo Paré que la profesión religiosa sólo armonizaba con la frigidez de las mujeres y con la impotencia de los hombres, "porque la vida monástica, lejos de calmar, excita todos los instintos naturales".

Los físicos más célebres tuvieron bastante libertad para levantar su voz cuando se desarrollaron aquellas célebres epidemias de histerismo que transformaban por completo la moral de las religiosas. Pitres, un neurólogo francés, gozó de gran popularidad en aquella época en que los teólogos pretendían que era el diablo quien tentaba a las religiosas. Gilles de la Tourette, que, como Pitres, era discípulo de Charcot, también realizó muy profundas investigaciones sobre la materia.

Estos sabios se opusieron enérgicamente al criterio de los religiosos, tratando de demostrar que todas las demonopatías de los conventos medievales no fueron más que la consecuencia de la exaltación del ideal de la castidad observado con riguroso tesón principalmente por las mujeres. "Es muy raro—observa Pitres, al insistir en el carácter sexual de las alucinaciones de las histéricas—que estas alucinaciones vayan acompañadas de gratas sensaciones voluptuosas. En muchos casos, la ilusión del coito llega a causar agudos dolores. Las brujas de los tiempos antiguos afirmaban que, en sus relaciones con el diablo, sufrían atrozmente. Decían que su órgano era largo, áspero y puntiagudo, con escamas que se levantaban al salir y destrozaban la vagina."

Mucho antes de que estos investigadores emitiesen sus opiniones, otros fisiólogos y neurólogos habían demostrado la imposibilidad de que esas lesiones que las mujeres decían presentar en la bulba y la vagina fuesen causadas por el miembro viril del diablo. Desde luego, lo primero que negaron fué la existencia del diablo, al menos en ese aspecto material, lo mismo que se resistieron a creer en que las divinidades fuesen palpables.

Siguiendo las teorías de los griegos, los fisiólogos antiguos y me-

dievales no negaron que los trastornos psicosexuales del hombre y de la mujer proviniesen de la falta de función de esos órganos. Venette amplió dichas teorías de acuerdo con sus propias investigaciones. Platón fué el primero en explicar el origen de la histeria, diciendo: "En los hombres, el órgano de la generación, rebelándose y señoreándose como un animal desobediente a la razón, y enloquecido por el estímulo de la lujuria, trata de conquistar una libertad absoluta, y lo mismo ocurre con la llamada "matriz" o útero de las mujeres: el animal que está dentro de ellas, deseoso de procrear hijos, al permanecer estéril más de lo debido, se disgusta y enfada, y, recorriendo en todas direcciones el cuerpo, cierra los pasos de la respiración, y, al obstruirlos (se refiere al globo o bola histérica), los pone en graves aprietos, causando todo género de enfermedades."

Ciertamente, Platón, lo mismo que Hipócrates, no van más allá en sus concepciones; pero en la Edad Media no se añadió nada nuevo a los conocimientos heredados, que muy raramente se referían a los trastornos psíquicos. Es probable que la histeria, causa única de los trastornos psicosexuales, como hemos visto en el anterior volumen, no fuera mejor conocida por los médicos medievales que lo fué por los antiguos; pero la miseria moral y fisiológica de la inmensa mayoría de las gentes, especialmente de las mujeres, fueron los factores que principalmente favorecieron el desarrollo de aquellas dolencias, que, al no poder ser explicadas médicamente, o bien porque los médicos careciesen de los conocimientos necesarios, es el caso que los teólogos se aprovecharan de esta ignorancia para atribuir los fenómenos a la mediación de los poderes infernales.

Ambrosio Paré decía en el siglo XVII que "los ahogos de la matriz" provenían de la histeria, pero le costaba trabajo comprender muchos de aquellos fenómenos histéricos. Antes, Carolus Piso, médico de Enrique II, destruyó la doctrina antigua sobre la histeria, pero sus teorías no encontraron eco en el ánimo de los médicos conservadores de las viejas concepciones. Los teólogos continuaron oponiéndose a las teorías científicas, especialmente a la de Piso, ya que hasta los mismos médicos enemigos del fisiólogo real se pusieron de parte de los inquisidores, lo que dió lugar a un mayor recrudecimiento en la condenación de los delitos de brujería, que eran cometidos por las mujeres cada vez con más frecuencia.

El hecho de que se realizaran algunas curaciones indujo a los fisiólogos a robustecer su convencimiento de que el problema sexual que se había planteado a la humanidad estaba íntimamente ligado al pro-



ANTIGUOS INSTRUMENTOS ABORTIVOS

Todos estos instrumentos, pertenecientes a la notable colección del doctor Meyer, prueban la actitud de los médicos antiguos con respecto a esta fase del problema sexual.

LAMINA I



EL MEDICO Y LA PROSTITUCION

Escenas de la prostitución callejera publicadas por una revista científica francesa para poner de relieve los aspectos más dramáticos de esta plaga social.

LAMINA II

blema religioso. La Reforma, que introdujo el derecho al matrimonio de los religiosos, fué bastante bien acogida por todos los médicos, que siempre se mostraron opuestos a las teorías ascéticas, practicadas al menos por gentes desprovistas de la necesaria preparación para enfrentarse con esas disciplinas.

No obstante, los inquisidores hubieron de comprender que los médicos no estaban desprovistos de razón al condenar los procedimientos seguidos en los procesos de brujería, ya que se demostró en muchos casos que la abstinencia prolongada era la causa de los más graves trastornos que sufrían las mujeres embarazadas y las jóvenes menstruantes.

Al mismo tiempo hubo teólogos que se inclinaron de la parte de los médicos. Indudablemente se comprendió que la reacción del cristianismo acerca de las prácticas de los paganos había sido demasiado enérgica para que no se resintiera la salud moral y material de las gentes. Aunque seguían predominando las concepciones ascéticas, éstas se humanizaron bastante. Los mismos teólogos coincidieron con los médicos, como lo prueba la intervención del doctor en Teología Pedro de Valencia en la substanciación del célebre proceso de los brujos de Logroño, muchos de los cuales fueron ejecutados por los verdugos del Santo Oficio.

Este teólogo escuchó a los acusados hacer toda clase de fantásticas declaraciones; pero la insensatez de los reos no alteró su razón, creyéndoles enfermos más que culpables. Antes de que fuera dictada la sentencia condenatoria, Pedro de Valencia dirigió un memorial al cardenal inquisidor, diciendo: "Algunas cosas que han confesado los brujos son ciertas, efectivas y reales, pero ejecutadas sólo por medios naturales; otras no suceden sino en la imaginación de los reos, como los ensueños del dormido, las fantasías de los dementes y los delirios de los enfermos. Pero los reos creen haberse verificado, y por eso las confiesan de buena fe los arrepentidos; otras, finalmente, no se verifican, ni aun se imaginan verificadas; pero las cuentan como tales algunos brujos por dar mayor valor a sus historias, cuyo grado de vanidad hay, con más o menos eficacia, en todos los hombres, que prefieren esto a su propia utilidad bien entendida."

En las múltiples razones que adujo este humanitario teólogo, se encuentra una alusión completa a todos los síntomas que más tarde aclaró la ciencia. Esto sirvió a los médicos para reanudar sus campañas e insistir sobre los graves perjuicios de la abstinencia. Decían, con sobrada razón, "que el diablo desaparecería tan luego como se aflojasen las

riendas del gobierno de Dios, dejando su lugar a la Naturaleza". Esta afirmación, hecha por los médicos de las primeras épocas del catolicismo, fué desempolvada bastante tiempo después. Cuando los conventos de monjas se convirtieron en centros de reunión de las gentes más significadas, llegando a ser verdaderos prostíbulos, los médicos hicieron ver a los teólogos que la existencia de las monjas era más tranquila que antes de ser permitidas estas licencias. Claro es que, ante el desenfreno de los eclesiásticos, no hubo más remedio que dictar las más severas reglas ascéticas, lo que dió lugar a la reaparición del demonio, es decir, a todas las psicopatías derivadas de la abstinencia absoluta.

Tal fué, ni más ni menos, el origen del problema sexual: para unos la sexualidad era el origen de los más graves trastornos físicos y morales, y para otros, los médicos, todos los trastornos más graves eran la consecuencia de la represión de los impulsos naturales. Pero ni unos ni otros estaban en lo justo, y mientras los teólogos exageraban su punto de vista, los médicos incurrían en el mismo error. Sólo la ciencia serena de los siglos posteriores, el desarrollo de la cultura y la prudencia de las autoridades eclesiásticas, entre las que también había hombres cultos, pudieron situar la discusión en un plano desapasionado pero como las tradiciones religiosas se habían petrificado en el alma de las gentes, las creencias en el pecado de la carne y en las ventajas positivas de la abstinencia se exageraron o se conservaron abultadas con lo que se planteó el gran problema que aún no ha podido ser resuelto entre las gentes de una gran parte de los pueblos civilizados.

El "tabú" que envuelve a las cosas del sexo no lo comprende el médico, que se atiene, sobre todo, a las leyes de la biología. Para el médico, o, mejor dicho, para el biólogo, el incesto es tan natural como lo fué para los primeros judíos de que hablan las Escrituras y como es en muchos pueblos salvajes. El médico, especialmente los eugénicos no ven inconveniente en que una joven de buena salud, bella e inteligente, se deje "suscitar descendencia" por su hermano, siempre que éste se encuentre en condiciones iguales a las de la hermana. No cabe duda que sólo disponiendo de los mejores elementos es como se hace posible la perpetuación de una raza seleccionada. Pero las concepciones de la cultura rechazan enérgicamente esta solución, lo mismo que se rechazan otras—el adulterio, el divorcio, la poligamia, el amor libre, etc.—, expresiones de trascendencia social nada más, pero que nada tienen que ver con el médico, que forzosamente ha de cuidar de la salud de los cuerpos y de las almas, porque, después de todo, la cien-

cia no tiene por qué someterse a la moral, a no ser que queramos hablar de la existencia de una "moral científica", lo mismo que se habla de una "moral religiosa". Ahora bien, no es posible, y preciso se hace reconocerlo, que una se imponga a la otra, es decir, la religión a la ciencia, como ocurrió en aquellos tiempos de que hemos hablado, y cuyas tradiciones no han desaparecido del todo, como lo demuestra el hecho de que el problema sexual existe.

EL MEDICO, EL NOVIAZGO Y EL MATRIMONIO

La selección artificial.—La degeneración de las estirpes reales.—El médico como árbitro entre el impulso y la inteligencia.—Una consulta y una respuesta.—El médico como solución del problema.—Su actitud ante la moral y la salud física.—¿Debe aconsejar el médico las relaciones sexuales?—Opinión de los alemanes.—Guardián de la salud del cuerpo, pero no de la del alma.—Discusiones.—La mujer y el comercio sexual extraconyugal.

Antiguamente, los matrimonios los arreglaban los padres de los contrayentes, que no obraban, a su vez, con absoluta independencia, sino que era de ritual que antes sometieran sus proyectos al juicio de los directores espirituales, los cuales acababan por aconsejar la unión o desbaratar el proyecto.

Esta delicada cuestión no se planteó jamás en su terreno normal y natural; fueron las conveniencias de familia, los intereses morales o materiales, las razones de Estado, las políticas, etc., pero nunca las que lógicamente debieran haberse atendido, como son, por ejemplo, las más simples: la existencia de recíprocos lazos de cariño, o, al menos, de simpatía, entre los individuos que habían de unirse para proseguir la labor reproductora iniciada por sus mayores.

En virtud de este sistema de selección completamente artificial, es como se han reproducido las familias de individuos degenerados. Esto se observa con los más graves caracteres entre las familias reales y aristocráticas, hasta el extremo de que, repasando con alguna atención la vida de muchos reyes y personas reales, nos encontramos con el predominio de ciertos estigmas degenerativos, que, lejos de desaparecer, van agravándose a medida que se realizan nuevas uniones. Un autor médico de toda solvencia afirmó hace mucho tiempo que la tendencia a la homosexualidad es frecuente en los reyes. Y no sólo la homosexualidad, sino también otras perversiones sexuales mucho más

graves han desempeñado un papel muy importante en los actos, incluso de gobierno, de muchos monarcas de dinastías reinantes y destronadas.

Si, en lugar de atender a esas razones de que hablamos, se hubiera consultado la opinión de los médicos de cámara, es fácil que aún existiesen muchos pueblos dirigidos por reyes perfectamente sanos física y moralmente.

Pero todavía, si tenemos en cuenta que hay muy pocos individuos de los que pueda decirse que están en perfectas condiciones de reproducirse, no cabe duda que se hace imprescindible conceder al médico toda la grave importancia que tiene en la solución del problema sexual. Gruber dijo hace mucho tiempo lo siguiente: "No existe persona alguna completamente normal y sin ninguna tabes hereditaria; pero, por otra parte, nos muestra la experiencia que las predisposiciones morbosas en las familias, lo mismo que se han presentado "pueden desaparecer también"; muchas de esas predisposiciones pueden hacerse ineficaces en el individuo por medio de un método de vida adecuado y por constantes cruzamientos con otras familias que estén libres de ellas, lo que hará desaparecer esa morbosidad, siempre que no se trate de una degeneración demasiado grave."

Ya hemos hablado en otra parte de la ciencia de la Eugenesia, y, por lo tanto, no vamos a insistir sobre este punto central de la sexualidad, ya que la Eugenesia, en muchos de sus puntos, resulta perfectamente compatible con la religiosidad más acendrada, sobre todo en los tiempos modernos. El punto principal de la cuestión, esto no obstante, y al enfrentarse de momento con los enunciados del problema, no radica únicamente en la selección eugénica, sino que se refiere a la reeducación de los anormales sexuales, que son la consecuencia del alejamiento o de la indiferencia de las gentes de la intervención y de la ciencia del médico, el cual es el único que puede resolver el problema central de la higiene de la procreación, que estriba en la selección amorosa.

Que este subproblema es de solución difícil es un hecho del que no puede haber duda, y que se le presenta al hombre—refiriéndonos al hombre absolutamente libre, es decir, al que puede ser considerado como absoluta y únicamente responsable de sus actos—cuando tiene que buscar la mujer que verdaderamente le conviene en la demanda fiel de que las individualidades de ambos se correspondan y completen.

Por virtud de un instinto natural, y esto con relación a los hombres sanos, el individuo se contenta con que exista una relativa armonía

y un estado de salud bilateral. Pero esto, con ser mucho, no lo es todo: es necesario que todas esas cualidades que recíprocamente se descubren los enamorados sean evidentes y no el producto del apasionamiento espiritual, que ciega e impide enfrentarse con el problema con la serenidad debida.

En estos casos, no hay nadie más imparcial que el médico serio, porque, aunque en realidad no se hayan encontrado leyes para obtener una fina y diferenciada selección sexual, el clínico es el mejor juez en este pleito que generalmente sostienen el impulso y la inteligencia. Darwin sostiene como principio de la selección sexual que los dos sexos deben abstenerse del matrimonio cuando somática o físicamente se reconozcan algunas deficiencias. Este "ojo clínico" no pueden tenerlo todos los individuos, y ni aun los mismos clínicos, por muy sagaces que sean, están capacitados para juzgar su propio caso, por la razón sencilla de que el amor es una cosa y los intereses de la raza otra muy distinta.

Bloch dice: "El fundamento principal de una higiene racional de la reproducción es, sin duda, el que sólo contraigan nupcias las personas completamente sanas, o, por lo menos, aquellas que, si padecen de anormalidades o enfermedades, sean éstas de una índole que no pueda perjudicar ni física ni moralmente a la descendencia. No es la enfermedad en sí el peligro para la degeneración de las familias y de la raza, sino la transmisión por herencia. Por eso tiene tanta importancia el estudio de esta transmisión de la predisposición a las enfermedades y de las constituciones morbosas en la biología étnica."

A pesar de todo, el subproblema presenta, a su vez, otras incógnitas no menos interesantes y difíciles de resolver sin el auxilio del médico. Tenemos, en primer lugar, el deber de la procreación, que al mismo tiempo puede interpretarse como un derecho; pero, aunque la procreación sea un deber, el amor no es sólo un derecho, sino que en infinitos casos es también una obligación del individuo, si quiere conservar o lograr el perfecto equilibrio de su vida social e íntima; ya hemos visto que la abstinencia absoluta, practicada en la forma en que tenía lugar en las colectividades religiosas femeninas de la Edad Media, no produjo más que trastornos de diferente índole.

"Si el médico—dice Vachet—está llamado a desempeñar en un día cercano un papel de primer orden en la educación sexual de los adolescentes normales, a él solo le incumbe ya la tarea de cuidar a los desheredados y los descarriados del amor y de librarles de su impotencia, atenuar sus impulsos eróticos, suprimir sus manías sexuales, readap-

tarlos a un comportamiento moral, tarea delicada, pero fecunda, en la que el médico del espíritu añade a la acción limitada de las drogas calmantes o tónicas todos los admirables recursos del pensamiento que cura."

En el ánimo del enfermo, ya se trate de un erotómano o, por el contrario, de un impotente, tan opuestos fenómenos no tienen nunca la misma importancia. El erotómano, a pesar de que aún impere el "tabú" sobre las cuestiones del sexo, se encuentra muy contento con ese desequilibrio evidente, aunque el trastorno obedezca a una lesión orgánica, a una forma de enajenación mental, contra la que, en la gran mayoría de los casos, resulta inútil toda terapéutica. Pero en el débil sexual o en el impotente, que con arreglo a la moral debieran mostrarse satisfechos de sus defectos, no sucede lo mismo: éstos son los que acuden al médico, que muchas veces, viéndose ante individuos perfectamente religiosos y con patente de castos, no se explica la razón de estas diferencias de conducta. En mi larga experiencia de sexólogo, no he recibido ninguna consulta de un lector en demanda de un remedio para llevar el equilibrio a su sexualidad desordenada; infinitos amigos médicos, especializados en estas cuestiones, coinciden conmigo en este punto. En cambio, las consultas que recibo acerca de los casos de debilidad, impotencia o frigidez son tan abundantes, que seguramente necesitaría tanto volumen como el de la presente colección para transcribirlos todos e igual número de páginas para hacer los debidos comentarios con las respuestas dadas a los consultantes. No obstante, considero oportuno citar algunos casos lo bastante curiosos para ser reproducidos.

Un joven de veintitrés años, que no ha tenido relaciones sexuales con ninguna mujer, está muy enamorado de su novia, a la que "respeta" porque trata de hacerla su esposa "tan pronto como me lo permitan mis posibilidades económicas".

El motivo principal de la consulta está en su deseo de acabar con el hábito de la masturbación, que le domina desde la edad de trece años, no porque este vicio le ocasione trastornos de ningún género, sino por temor a no poder realizar el acto normal cuando contraiga matrimonio.

Al mismo tiempo declara que se siente inclinado a las mujeres, a veces con fuerza irresistible, lo que le obliga a masturbarse; pero, aunque alguna de las mujeres a quienes desea no mostrasen gran resistencia a satisfacerle, ya que dos o tres le parecen bastante fáciles, no se atreve a ello por temor a una enfermedad venérea; se trata de artistas de variedades, de costumbres licenciosas, y no tiene confianza en su estado de salud. Pero aún hay más: dice que cuando se siente más excitado es en los momentos de intimidad con su novia "que yo creo —dice—que es de temperamento muy ardiente". Describe con toda sinceridad el género de *flirt*, en el que han llegado a ciertas libertades eróticas, afirmando que conocen prácticamente las más diversas caricias, "algunas—dice—estimadas como repugnantes", pero que le dejan insatisfecho, si bien la amada queda muy complacida, ya que él quisiera realizar el acto normalmente, lo que no hace, primero, porque ella se opone con toda su energía, y segundo, porque "no debo arrebatarle la virginidad antes de la noche de nuestras bodas".

En este caso, no sé qué diría un médico; yo, por mi parte, sin necesidad de prescribir el empleo de los bromuros, que es lo más frecuente que haga un clínico, contesté a mi consultante, diciéndole: "En primer lugar, si usted está seguro de que lo único que le interesa es acabar con el hábito de la masturbación, creo que se encuentra equivocado: lo más interesante, a mi juicio, es terminar con ese miedo al contagio de una enfermedad venérea, que resulta el producto de una timidez exagerada. En otro caso, creo que lo más oportuno es que acabe usted con su novia. ¿Cómo?... Por los medios naturales. Si usted tiene esos escrúpulos morales llevados hasta es extremo, es usted o un equivocado o un hipócrita; en amor cabe lo primero, pero no lo segundo. Me dice que practican ciertas caricias, y "algunas—copio sus palabras—estimadas como repugnantes". En amor, a mi juicio, no hay caricias repugnantes: no hay más que caricias; pero en el vicio difícilmente hay amor, y entonces, hasta el gesto más simple tiene que ser considerado, si no como repugnante, al menos como brutalmente instintivo. Y la cultura, amigo mío, está para algo: precisamente el papel más importante de la cultura es el de embellecer las expresiones instintivas de los seres.

"Parte usted de un punto de vista inadmisible por falso al decir que no debe arrebatar la virginidad a su novia antes de la noche de sus nupcias. A mi juicio, y siempre ateniéndome a sus espontáneas confesiones, su novia—cuyos pies beso con el mayor respeto—no es virgen, no puede serlo. Yo, ya lo he dicho repetidas veces en los volúmenes de TEMAS, que usted dice haber leído, no creo que la virginidad o el honor de una mujer radiquen en esa débil membranita que no quiere decir nada; además, señor mío, ¿qué empeño es ese de querer relacionar la moral con la fisiología? Si usted me dice que no quiere realizar el acto normal, ni su novia tampoco, por temor a un embarazo, mi

actitud en la respuesta sería muy otra; es lógico que usted no quiera complicarse la vida con un hijo, resultado naturalísimo del amor normal, y a más de naturalísimo, bello, noble y grandioso—no debo ocultar que soy padre y que adoro a una hijita que tengo—. En este caso, como quiera que no tenemos más remedio que vivir con la sociedad, y, por otra parte, ¡qué caray!, la sociedad no es siempre injusta, me parece muy bien que "respete" a su novia; pero no en el solo sentido de no destruirla prematuramente esa membrana, sino en el amplio de no practicar esas libertades, que, al fin y al cabo, harán que los dos sucumban al poder de ese instinto de la procreación que, dígase lo que se quiera, es consubstancial con todos los seres.

"Sus buenas intenciones en este sentido son incompatibles con los demás hechos; así, pues, sepárase de su novia y recurra a la prostitución con el fin de calmar sus impulsos naturales—claro está que la prostitución no llena más que las necesidades puramente fisiológicas—, y así adquirirá una experiencia que a la hora de su matrimonio habrá de serle muy útil. Para evitar el peligro de la infección venérea, aténgase a cuanto decimos en el volumen correspondiente acerca de la profilaxis, y puesto que usted tiene facilidades, no le costará gran trabajo saber si esas mujeres a que alude están sanas o no. De esta forma, es casi seguro que el hábito de la masturbación desaparecerá por completo, aunque ello le cueste "desdoblarse", es decir, dar el amor "puro" a la futura esposa, y el "impuro", a la querida, que no va a ser otra cosa que un instrumento, una "cosa", un cuerpo sin alma para usted. Pero, sinceramente, si yo estuviese en su caso, no realizaría ese desdoblamiento, porque, al fin y al cabo, siempre queda un resquemor de conciencia. En resumen: usted y su novia deben ser por ahora, mientras llega la hora de casarse, dos buenos amigos. Lean, estudien, hagan deporte, trabajen y, sobre todo, huyan las ocasiones de intimidad que puedan presentárseles, y, de paso, vea usted a un médico para que le recete cualquier potingue: todavía hay médicos que los recetan, y a veces son útiles, aunque le destrocen el estómago. En cuanto a su novia, el caso es más difícil, porque las mujeres se someten muy difícilmente a los razonamientos, y menos aún a la acción de las drogas o de los tratamientos que van en contra, no de sus impulsos naturales, sino de su voluntad nada más. Por otra parte, nada le digo acerca de ella, porque la consulta se refiere a usted únicamente."

Y así terminé mi respuesta. No cabe duda que podía haberle dicho mucho más; pero como, a pesar de todo, la sociedad no siempre es injusta y la moral tiene muy legítimos derechos y deberes, hube de silenciar lo que haría o intentaría hacer. Probablemente un médico no hubiera contestado a esa carta, para eludir tan grave aprieto.

He aquí, pues, el verdadero problema. "Un problema—dice Ellis—cuya solución tendrán que buscar muchos, y, sobre todo, el médico encargado de guiar y aconsejar a sus semejantes, porque, admitida la teoría de que las relaciones sexuales son a veces necesarias para personas solteras o para personas casadas que por cualquier causa se ven privadas de la satisfacción que proporciona la unión conyugal, ¿estará justificado, caso de creerlo conveniente, el que un médico aconseje a sus pacientes el comercio carnal? Esta pregunta ha sido discutida en todos los sentidos."

Claro es que, mientras prevalezcan las ideas de moralidad que hemos de considerar tradicionales, no hay más remedio que admitir el desdoblamiento del amor en las relaciones de los novios. El médico, el sexólogo o el eclesiástico contraerían una grave responsabilidad aconsejando la unión sexual prematrimonial, sobre todo cuando de esas relaciones se derivasen los productos naturales, que son los hijos. Un médico me consultó acerca de la confesión que había recibido de uno de sus clientes, referente a la actitud que debía adoptar ante su caso sexual. Se trataba de un individuo de veintisiete años, que hasta los veintitrés, época en que se puso en relaciones con una señorita, había tenido comercio carnal con prostitutas y mujeres fáciles, con las cuales había satisfecho "parte" de sus necesidades sexuales. Sin duda, esas relaciones fueron incompletas, por el hecho de que naturalmente no podían existir grandes estímulos psíquicos. Pero al entablar relaciones amorosas con la aludida señorita, aunque muchas veces sintió deseos vehementes de satisfacer su naturaleza, no pudo conseguirlo con sus antiguas amigas, ante las cuales se mostró impotente muchas veces. En una ocasión, mediante un vigoroso esfuerzo imaginativo, se hizo la ilusión de que la prostituta que había elegido era su novia, y entonces pudo conseguir tres orgasmos en muy poco tiempo. La circunstancia de que dicha mujer se pareciera a su novia y tuviera el nismo nombre o se hiciera llamar así, contribuyó en gran medida a que la ilusión fuese casi completa. A fuerza de emplear este procedimiento psíquico, terminó por serle ineficaz. Entonces, como quiera que los máximos y hasta únicos estímulos proviniesen de su amada, pudo durante una temporada valerse de la masturbación; pero esto llegó a repugnarle, y con toda su fuerza de voluntad se desprendió de tal hábito, último recurso de satisfacción sexual, muy necesaria a su temperamento, que le quedaba.

Este es el caso que expuso a su médico, poco enterado de estas cuestiones, ya que se trataba de un médico general muy inteligente y de gran solvencia en las otras ramas de la medicina. Yo, francamente, no supe qué solución debía dar a aquel problema. En primer lugar, lo mismo él que ella conservaban las tradiciones seculares imperantes en nuestra sociedad burguesa acerca del matrimonio, y, por otra parte, esta enamorada pareja no se hallaba en condiciones económicas de casarse. Pero, en el entretanto, el joven dió muestras de malestar, presentándosele ciertos trastornos consecutivos de su abstinencia, seguramente de orden histérico, lo que se evidenciaba en su impotencia nerviosa.

A mi juicio, no había mejor solución que el matrimonio, ateniéndome a la forma en que estaba planteado el problema; fuera de la moral, la unión sexual hubiera sido la única fórmula aconsejable. Desconfié por completo de la eficacia de los tratamientos de que hablaba mi amigo el médico, porque estaba claramente demostrado que la insatisfacción sexual, el hambre sexual, mejor dicho, era ya una obsesión en la psique del extraño impotente. Este aseguraba que las entrevistas que sostenía con su prometida le resultaban enojosísimas, ya que había momentos en los que tenía que realizar verdaderos esfuerzos para no cometer un atentado con su novia. Las erecciones eran tan fuertes, que le producían agudos dolores. Después, si intentaba relacionarse con una prostituta o recurrir a la masturbación, le era imposible obtener la erección mínima.

En resumen: fuera de la unión normal, no había nada que hacer, puesto que ni el "desdoblamiento" dada la solución. El joven, de herencia neuropática, perdió el apetito, sufrió alucinaciones y hasta sueños eróticos que no se solucionaban nunca; cuando en sueños iba a producirse el orgasmo, cualquier accidente le hacía despertarse, y la angustia era mayor. Dos meses vivió en este tormento, hasta que se casó con su amada. Entonces recobró la salud y volvió a ser un hombre normal. Los médicos alemanes fueron los primeros en desasirse por completo de las trabas morales, proclamando abiertamente su creencia de que es deber del médico aconsejar la unión sexual a su paciente, una vez que, como en el caso descrito, no pueda encontrarse una solución en la que pueda confiarse para la solución del conflicto. El profesor Nystrom afirmó en una conferencia que sirvió de motivo de comentarios de toda índole que, en casos de debilidad sexual, el doctor tiene la obligación de aconsejar la unión, "sea como fuere". Max Marcuse, otro insigne tratadista, también fué combatido, incluso por otros médicos, por considerar como un deber ineludible del médico aconsejar el comercio carnal, "tanto a los hombres como a las mujeres, en casos especiales y determinados". Afirmó que el médico que, influído por consideraciones morales o sociológicas, deja de recomendar la unión sexual cuando lo cree necesario, "es indigno de su profesión y debiera dejar de ejercerla, o enviar a sus pacientes a otros doctores más tolerantes y concienzudos".

Ahora bien, a mi juicio, el médico no es el guardián de la moralidad, sino de la salud de sus clientes. Creo que cuando no existe el temor de lesionar intereses morales o materiales, el médico que se encuentra ante el caso de un hombre o de una mujer en los que se demuestra cumplidamente que la abstinencia sexual prolongada es la causa de su falta de salud, que algunas veces puede adoptar formas muy graves, no debe tener inconveniente en aconsejar la unión o el comercio sexual si al mismo tiempo se tiene la certeza de que en esta práctica está la solución del problema.

La actitud de los médicos ingleses en este punto no puede ser más falsa, si es verdad, como dice Havelock Ellis, "que ningún doctor famoso se ha atrevido a aconsejar abiertamente la unión sexual fuera del matrimonio, aun cuando privadamente, allí como en todas partes, algunos médicos, y hasta mujeres médicos, a veces hablan a sus pacientes, así casados como solteros, de las ventajas y conveniencia de la unión sexual."

Hay que tener en cuenta, más que nada, la sugestión que sobre el paciente ejerce siempre el médico al cual se confían estas cuestiones tan delicadas. El hecho de hablar en pro de las ventajas de la unión sexual a un consultante que cree que su problema no puede resolverse de otro modo sin aconsejarle resueltamente que la realice, puede interpretarse por el dicho que afirma "no te digo que te vistas, pero ahí tienes la ropa". Así, pues, la actitud del médico no es más que una simple cuestión de forma, si al mismo tiempo que hace esta afirmación velada no se refiere a los inconvenientes que puede haber en esa unión extraconyugal, como, por ejemplo, el peligro de la infección venérea y hasta, si se quiere, los que pudieran sobrevenir a la mujer en virtud de un probable embarazo. Pero de aquí no debe pasarse. Si se tiene en cuenta que la prostitución es "un mal necesario", el médico tiene la obligación de garantizar a su cliente, en cuanto le sea posible, que de sus relaciones con una prostituta no se derivarán males mayores. Su deber estará en aconsejarle que tome las necesarias precauciones, prescribiéndole el empleo de un preventivo perfectamente eficaz y de las normas higié-

nicas más completas. Pero eso de saber que la solución del conflicto está en la práctica sexual y no aconsejar ésta por escrúpulos morales me parece una conducta impropia de un médico, que tiene la obligación de curar a sus pacientes de algo más importante que una simple afección de la piel.

Hay muchos sexólogos que no participan de esta opinión; el mismo Havelock Ellis, tan desenvuelto en lo que se refiere a otras cuestiones del sexo, se muestra contrario a esta solución. "Lo más que, a mi entender—dice—puede permitirse el médico es explicar clara e imparcialmente el caso a su paciente, advirtiéndole los riesgos que podría correr en el caso de decidirse a utilizar el remedio; pero la solución del problema, el derecho a aceptar o rechazar dichos riesgos, debe ser exclusivamente del cliente, pues implica consideraciones sociales y morales que, aun cuando pertenecen, en parte, a la esfera y terreno de la medicina, no son, ni muchísimo menos, de la incumbencia particular del doctor." Yo no puedo mostrarme de acuerdo con mi ilustre y sabio maestro en este punto concreto, porque creo que el doctor no tiene derecho a ser un "particular", ya que el cliente no recurre a él como lo haría a un amigo indocumentado en estas cuestiones. Si el consultante pone toda su sinceridad en la demanda, el médico debe comportarse con idéntica lealtad con quien confía en su ciencia y no en otra cosa. En este caso, y si tenemos en cuenta que el problema sexual es el más grave que tenemos planteado los civilizados, si el médico, por consideraciones morales o escrúpulos de otra índole absolutamente ajenos a su profesión de guardián de la sauld de sus semejantes, no es todo lo leal e independiente que es preciso ser en su profesión, ¿quién puede resolver estos problemas, al menos en la parte que afecta a la medicina?...

Por otra parte, el cliente no debe ser abandonado en el sentido de dejarle en libertad de aceptar o rechazar los consejos del médico; si el médico comprende que la práctica sexual no le beneficia, está en la obligación de decírselo así claramente; si, por el contrario, en virtud de su ciencia y ante las características del caso, se ve que no hay otra solución mejor que realizar el comercio carnal para evitar trastornos, enfermedades, etc., el doctor, que posee una patente y cobra sus honorarios, no sólo debe aconsejar abiertamente la solución única, sino que hasta se encuentra en la obligación de rodear a su cliente de las garantías científicas más precisas en cuanto a lo que refiere al aspecto exclusivamente médico del caso, sin meterse en honduras morales.

Hay que tener muy en cuenta el papel importantísimo que desempeña la psique en todo lo que refiere a la sexualidad. A veces es muy difícil, incluso para el mismo paciente, darse cuenta perfecta de la legitimidad de sus deseos sexuales, porque no en todos los casos es posible aislar lo físico de lo psíquico de modo que esas dos energías puedan obrar independientemente; si así fuera, no habría posibilidad de reconocer las ventajas de la abstinencia sexual con relación a las actividades más fecundas del intelecto humano. En muchos casos, un exceso de actividad intelectual va acompañado de una notable exaltación de la líbido: esto me ha sucedido a mí, como ocurre en muchos trabajadores intelectuales. Pero no cabe duda que, si el impulso sexual no se refrena y se da rienda suelta a sus ficticias energías, la capacidad intelectual se reduce y se anula casi por completo. Otras veces, por el contrario, la falta de agilidad mental y de facilidad para el trabajo es la consecuencia de una castidad prolongada. Y no es preciso que la descarga de todos los flúidos seminales y prostáticos se opere en virtud de las excitaciones normales largamente reprimidas, sino que en muchas ocasiones el coito puede ser una medicina eficacísima, aunque se recurra a él como cuando se echa mano de una purga, es decir, con repugnancia, o, por lo menos, con disgusto.

Luego nos encontramos con que la sexualidad, según estamos cansados de repetir, no tiene nada que ver con lo moral o con lo inmoral, siempre que se recurra a su práctica como al medio terapéutico mejor acreditado. Todos los sucedáneos que quieran aplicarse en estos casos no pueden tener la eficacia que el tratamiento natural. Por lo tanto, ¿cómo va a ser posible que el médico o el teólogo aduzcan argumentos de índole moral para la solución de un problema que la mayoría de las veces es simplemente fisiológico?

Mucho más meditada tiene que ser la actitud del clínico cuando se trata de personas casadas. Lederer sostiene que es obligación del médico, en casos especiales, como, por ejemplo, tratándose de una mujer que sufre de la impotencia de su marido, aconsejar a aquélla la unión sexual con otro hombre cualquiera. Esta opinión ha sido condenada, reputándola de inmoral, por otros autores, que, aunque médicos, no tienen derecho a hablar de libertad científica. El mismo Eulemburg, en su *Neuropatía sexual*, se niega a recomendar relaciones extraconyugales a sus pacientes. "Consejos de esta índole—dice—no son de la incumbencia del doctor." Entonces, cabe preguntarle, ¿a quién incumbe esta misión, ni quién, sino el médico, puede estar más al tanto de las necesidades psicofísicas de los seres humanos?

Como vemos, se involucran los dos aspectos de la sexualidad: el

moral, que es puramente artificial, y el fisiológico, cuya naturalidad no acaba de ser comprendida. No obstante, estas teorías están de acuerdo con el criterio de los que creen que la abstinencia sexual completa no ocasiona trastornos graves ni duraderos, afirmación que no podemos admitir como justa, ya que la experiencia ha demostrado todo lo contrario, al menos en lo que se refiere a la generalidad de los casos, puesto que las únicas excepciones se contienen en ciertos temperamentos en los que la contrasexualidad es la característica más visible.

Claro es que cuando el médico aconseja unas relaciones sexuales extraconyugales a una mujer y a un hombre, no puede prever las consecuencias que de su consejo pueden derivarse. Según la doble moral sexual imperante, el hombre tiene derecho a la llamada "poligamia facultativa", que en el terreno menos inmoral puede practicarse con prostitutas. Ahora bien, cuando se trata de una mujer casada, y probablemente con hijos de su marido, el caso es bastante más peliagudo, porque de esa práctica extraconyugal pueden resultar otros hijos que el marido no tiene por qué reconocer ni tomar bajo su amparo. Yo conozco el caso de una mujer que, habiendo enfermado a consecuencia de la abstinencia obligada derivada de la incapacidad sexual de su marido, planteó la demanda de divorcio fundándose en un artículo de la ley. El esposo, un hombre bueno y enamorado de su mujer, quiso arbitrar todos los recursos con tal de que el matrimonio no se deshiciera, aduciendo la razón poderosa de la existencia de dos hijos. Aseguró a su mujer que pasaría por todo, "incluso por lo más indigno", con tal de impedir la separación.

La esposa aceptó la fórmula: pudo más en ella el impulso de su sexualidad que todas las consideraciones y razones morales, y se entregó a un amante, al que impuso la condición de no fecundarla. No sabemos en qué forma se desonvolverían aquellas relaciones; pero el caso es que, durante dos años y pico que duró aquella situación, la mujer se curó de su ninfomanía y no tuvo descendencia.

He aquí un caso en el que nadie, ni el moralista ni el médico, tenían nada que hacer, aunque es posible que ambos hubieran podido hacer mucho. Pero el brazo más fuerte era el de la ley, y a pesar de todo, el problema se solucionó del modo más inmoral que podía esperarse, si tenemos en cuenta que, en último extremo, el marido no debía estar absolutamente falto de recursos para calmar los ardores eróticos de su esposa mediante una técnica amorosa ciertamente anormal, pero de mucha más moralidad que la solución a que hubo de someterse.

Seguramente, este caso, que entra de lleno en la ciencia del médico,



VENCIDAS POR LA VIDA

En la propaganda médica francesa contra la prostitución no se descuida el aspecto moral, exponiendo a las jóvenes el trágico final de las desgraciadas profesionales del amor.

LAMINA III



EL MEDICO, EL JEFE Y EL SACERDOTE
En las civilizaciones primitivas, el médico asumió a la vez los cargos más importantes en la dirección política y moral de los pueblos, como ocurre actualmente en Indochina.

LAMINA IV

no fué consultado con un doctor de solvencia. No siendo en circunstancias extremas y cuando concurren otras graves, la mujer que es madre dispone de medios suficientes para hacer frente a las exaltaciones de su temperamento. Estimo que ante un caso de esta naturaleza, la actitud de Lederer es bastante exagerada al ser de opinión que el médico no debe tener escrúpulos para aconsejar a una mujer el comercio sexual con otro hombre. No digamos siendo casada, sino aun tratándose de una soltera, cuya conducta no haya de lesionar interés alguno, ya sea de un hombre o de sus hijos, la mujer soporta siempre la abstinencia sexual con menos sacrificios que un hombre, al menos durante un período que coincide con su falta de madurez sexual, y sobre todo, de su responsabilidad con relación a las funciones delicadas y graves de la maternidad.

Conozco a muchos médicos que han aconsejado a hombres, solteros y casados, las relaciones sexuales que se consideran por la moral como ilegítimas; pero no sé de uno solo que haya manifestado la misma actitud con relación a una mujer, no porque no pudiera aconsejarse, sino porque son rarísimas las mujeres que acuden al médico, honradamente, en demanda de un consejo o de una norma de conducta acerca de esta cuestión.

No cabe duda, esto no obstante, que muchos trastornos de la mujer obedecen a la falta de satisfacción de sus necesidades sexuales más o menos conscientes. Si se trata de una soltera, el médico que es inteligente y reconoce que todo el mal está en una abstinencia sexual prolongada, aconseja el matrimonio, o cuando menos, afirma que el matrimonio resolvería el problema. Pero cuando esto es imposible, bien por la edad de la paciente o por otra razón cualquiera, entonces recurre a otra terapéutica adecuada, en la certeza de que el remedio es suficiente para paliar, cuando menos, el mal; pero jamás tendrá la ocurrencia de invocar a la moral ni a las costumbres, bien seguro de que en tales casos no se consigue otra cosa que agravar los males ya existentes, seguro de la ineficacia de esos sistemas, que nada tienen que ver con la fisiologia, como, al fin y a la postre, son todas las necesidades de los humanos.

ANTE LA ESTERILIZACION Y LA CONTRACONCEPCION

El aborto en los tiempos primitivos.—Solón, Licurgo e Hipócrates.—Métodos abortivos.—Actitud de los médicosantiguos frente al aborto.—La esterilización.—El médico ante el cliente.—Confesión de un esterilizado.—La contraconcepción industrializada.—La desconfianza en el médico.—Su obligación en este aspecto.—La moralidad del contagio venéreo y la inmoralidad del preventivo.—La publicidad.—Películas ficticias y dramas verdaderos.

El aborto practicado desde el punto de vista de querer borrar las consecuencias de unas relaciones sexuales ilícitas, es un resultado de la cultura. Los médicos griegos de la época pre y posthipocrática se mostraron severamente opuestos al aborto. En Oreinte y en los pueblos primitivos, aunque los médicos se manifestasen en contra de esta práctica, los legisladores no se opusieron a ella; en Grecia, los padres tenían derecho a matar al recién nacido, por lo que nunca, o sólo muy raras veces, se recurría a las maniobras abortivas. Esto se observó en la Prehistoria, a juzgar por los instrumentos descubiertos en algunos puntos, especialmente en Troya.

Wilde asegura que en la antigua Grecia debieron ser muy raros los abortos criminales, "porque habiendo el derecho de matar al niño después del parto, era innecesario el aborto criminal". No obstante, algunos autores citan casos de épocas más antiguas, como, por ejemplo, en la Mitología, por donde sabemos que Afrodita, antes de ser esposa de Adonis, hizo desaparecer, antes de su matrimonio con Lampsakus, el fruto de sus relaciones con Dyonisios. Lysias dice en uno de sus discursos que el problema del aborto intencionado ocupó la atención de los griegos, siendo el aspecto más importante la cuestión de saber si vivía ya o no el niño. El mismo autor afirma que fueron muchos los médicos, fisiólogos y filósofos que se ocuparon de tan importante asunto. Según Galeno, Solón y Licurgo, dictaron prohibiciones relativas a

los abortos intencionados; pero Platón y Aristóteles admitieron las tentativas de aborto y la práctica del mismo con el fin de limitar el exceso de población.

En los tiempos de Hipócrates, los médicos se opusieron a la tolerancia de las leyes y las doctrinas de los filósofos. No obstante, se sabe que en algunos casos no debieron los médicos mostrar gran desacuerdo con las razones aducidas por los filósofos. Fischer dice lo siguiente: "Terapéuticamente usaron los hipocráticos un sinnúmero de remedios internos, además de duchas, aplicaciones calientes, cataplasmas de diversas clases sobre el vientre, baños calientes, sahumaciones, irrigaciones y, sobre todo, supositorios. De los procedimientos mecánicos, pusieron en práctica el estornudo, las sacudidas, así como la dilatación de la boca de la matriz por medio de sondas o de los dedos. Al lado de los medios abortivos propiamente dichos figuran en gran número los que recomendaban para provocar las reglas. Pero no se sabe a punto fijo si éstos últimos se empleaban para producir el aborto intencionadamente. Entre ellos figuraban el cornezuelo de centeno. En los textos hipocráticos se relata el caso de terminación mortal de un aborto producido por estos medios; pero que la provocación del aborto estaba rigurosamente prohibida, a lo menos por parte de los médicos, lo demuestra el siguiente párrafo del juramento de Hipócrates: "Yo no prescribiré anticoncepcionales a ninguna mujer."

Meyer ha logrado reunir una interesante colección de instrumentos tocoginecológicos destinados principalmente a las operaciones de la embriotomía y de la extracción artificial del feto, lo que contradice, hasta cierto punto, las afirmaciones de otros autores referentes a la repugnancia de los antiguos hacia el aborto, abonando en cambio en pro de la contraconcepción. (Lámina I.)

En cambio, producían artificialmente la esterilidad, valiéndose de una medicina de uso interno, que no ha podido ser identificada, al mismo tiempo que procuraban combatir este defecto cuando se trataba de individuos vigorosos y sanos que pudieran dar hijos perfectamente normales.

Entre los médicos romanos prevalecieron muchas de las ideas de sus maestros los griegos referentes al aborto. El aborto criminal, efectuado por medio de medicinas e instrumentos, tuvo muchos partidarios, a pesar de estar severamente penado por las leyes. Numa Pompilius ordenó que no fuese enterrada ninguna mujer muerta durante el embarazo, sin antes haberla abierto el vientre, por si podía extraerse con vida al feto.

Los médicos de Roma no se mostraron tan puritanos como los griegos, y parece ser que no tuvieron inconveniente en recurrir a las maniobras abortivas que solicitaban las mujeres, especialmente las más ricas, es decir, las que no podían aducir razones de índole económica como impedimento para la procreación y cuidado de su descendencia, que es cuando en todo caso pudiera haber parecido lícita la pretensión. Las razones eran sencillamente estéticas: los pechos grandes, blandos y caídos, y el vientre colgante, se consideraron por los romanos como los caracteres más opuestos a la belleza femenina. Así se explica la afición de las mujeres romanas al aborto y el infanticidio, ya que, completamente absorbidas por una constante vida de placeres, la procreación había de estimarse, especialmente por las aristócratas, como el más grave contratiempo de su existencia.

Las razones estéticas fueron, casi en todos los tiempos, los móviles que indujeron a las mujeres a destruir el producto de sus relaciones sexuales. Este afán se recrudeció con el predominio de los ideales de la castidad, especialmente en la Edad Media, época en que los médicos eran sustituidos por los mágicos en lo referente a esta parte de la obstetricia. Lo mismo se recetaban fórmulas mágicas que se administraban drogas, con tal de producir la esterilidad de las mujeres, que no queriendo o no pudiendo contraer matrimonio, tampoco estaban en condiciones de contener los impulsos de su instinto.

Lo más grave era que la administración de estos remedios por personas indocumentadas — seguramente, los médicos no sabían mucho más—, no siempre iba acompañada del éxito, y muchas mujeres que se sometieron a las prácticas de esterilización, de contraconcepción o de aborto, enfermaron y murieron presas de extrañas dolencias, que los médicos no podían descubrir. Por muy grave que se hallase una mujer, jamás confesaba las verdaderas causas de su estado, ya que los Tribunales de la Inquisición castigaban estos delitos con las penas más severas.

Como hemos visto en anteriores volúmenes, especialmente en el XVI, el problema de la natalidad es uno de los más importantes de la cuestión sexual, y acerca del que han emitido sus opiniones los teólogos, los sociólogos y los filósofos y, como siempre, en último lugar, los médicos.

En lo que se refiere a la esterilización, el caso ha sido discutidísimo modernamente con relación a la eugenesia y tomando al hombre como punto de partida de esas normas sociales aconsejadas por los juristas de muchos países, especialmente en los Estados Unidos. Ahora bien, si en otros tiempos, la esterilización fué un castigo sin relación alguna

con la procreación, sino con el objeto de privar al hombre de la facultad esencial para disfrutar de los placeres sexuales, modernamente se refiere al hecho de impedir que los criminales y degenerados se reproduzcan ateniéndose a las leyes, bastante discutibles, de la herencia. En la Alemania de Hitler, los médicos, obedeciendo a las órdenes del dictador, han realizado estudios y experiencias muy minuciosos hasta llegar a la reforma introducida en las leyes del país, por la cual se hace preciso seleccionar la raza mediante la esterilización absoluta de todos los individuos tarados, y, por tanto, incapaces para engendrar alemanitos vigorosos y sanos, capaces de esgrimir un arma bélica en un momento dado. Por este procedimiento, y con arreglo a una estadística detenidamente confeccionada, se ha producido la esterilización por ligamento del *vas deferens* a varios millares de alemanes.

Antes de dicha reforma, implantada a principios del año 1934, muchos médicos notables de las distintas partes del mundo se mostraron propicios a la selección humana por medio de la esterilización de los incapaces, con el fin específico de la "profilaxis aplicada al mejoramiento de la raza y la protección de la sociedad". El Dr. Daniel, de Texas, en 1893; Nacke, en 1889, y Zuccarelli, en 1895, fueron los tres campeones principales de esta reforma, hablando unas veces en nombre de la ley y otras en el de la selección únicamente. Por fin, en 1905, en un mitin celebrado por los médicos alienistas de Suiza, se acordó, por unanimidad, declarar la conveniencia de esterilizar a los dementes, y dos años más tarde se ponía en práctica esta medida en dos hombres y dos mujeres.

De los tiempos pasados a los presentes media un enorme abismo. La castración no se considera ya desde el punto de vista de un castigo infamante, como se demuestra por el hecho de que algunos médicos han sido solicitados por sus clientes, hombres y mujeres, con el fin de ser esterilizados por los procedimientos más eficaces, por su propio interés o conveniencia personal. y como medio sustitutivo de otros métodos para impedir la concepción.

En estos casos, y ateniéndonos a las prescripciones morales y mandatos de la Naturaleza respecto de la misión procreadora de los humanos, habría mucho que discutir; pero como estas reflexiones no son del médico ni del sexólogo, nos limitaremos a transcribir las opiniones de los tratadistas más célebres en lo que a este aspecto importantísimo se refiere.

Havelock Ellis cita el caso de un individuo que voluntariamente se sometió a la esterilización, que, como se sabe, no implica impedimento

alguno en lo que al disfrute de los placeres del amor afecta. "Se trata de un médico—dice—cuya historial sexual, que presenta caracteres normales, conozco desde hace muchos años. Como contara ya con una familia suficientemente numerosa, se dedicó a emplear métodos impeditivos en el acto de comercio carnal. Con sus propias palabras narraré los acontecimientos subsiguientes: "La molestia—dice—, la preocupación, etc., que significaba para mí el empleo de tales procedimientos, se me hicieron cada vez más pesadas a medida que transcurría el tiempo, y al fin me decidí a exponer mi situación a otro médico, y aconsejado por él, y previas grandes deliberaciones con mi mujer, fuí operado y quedé estéril por medio de una leve operación, que consistió en descubrir el *vas deferens* de uno y otro lado, mediante una pequeña abertura en el escroto. Esto se hizo aplicando antes una inyección de cocaína, y no sentí gran molestia (si bien el momento de pasar el cordón por la abertura fué dolorosísimo). No dejé por ello de asistir a mi oficina ni un solo día, ni experimenté molestias de carácter grave en los días que siguieron a mi operación. Seis días después fueron sacados los puntos del escroto, y tres semanas más tarde pude ya desechar los vendajes de suspensión que había sido necesario emplear a causa de la extrema sensibilidad de los testículos y la cuerda.

"La operación resultó un verdadero éxito en todos los sentidos. Las funciones sexuales no han sufrido por eso. No experimenté sensación alguna de molestia en la región sexual, y lo que es más extraño aún, a mi juicio, el semen, a juzgar por una observación ordinaria, no ha disminuído en cantidad ni aun variado sus otros caracteres usuales. (Claro está que el microscopio revelaría su fatal defecto.)

"Mi mujer está encantada de que haya desaparecido todo temor de nuestra unión, y realmente, mirándolo desde distintos puntos de vista, nuestra vida es ahora mucho más tranquila y feliz. Incidentalmente ha mejorado la salud de ambos, sobre todo en lo que a mi mujer se refiere; ella lo atribuye a la influencia del semen, que pasa de un modo perfectamente natural a la vagina y queda en contacto con las secreciones vaginales, hasta que normalmente va desapareciendo.

"Por ser esta operación relativamente nueva, no llevándose a cabo, por lo general, sino en caso de personas criminales, dementes, etc., creo puede tal vez interesarle. Si logro con ello lanzar el más insignificante rayo de luz sobre este problema, el más grande de los problemas humanos..., lo celebraré con toda el alma."

No creo que, a pesar de todo, a un médico requerido por un cliente para practicar esta operación se le presente un grave problema moral,

como si se tratase, por ejemplo, de un aborto solicitado cuando no existe el peligro de muerte para la embarazada; de estos extremos trataremos en el volumen titulado *Las leyes y el sexo.*

Cuando, como en el caso citado por Ellis, se trata de un hombre que ya ha tenido más hijos de los que puede atender conforme a las elementalísimas teorías de Malthus, o bien porque la paternidad deje de ser un deber para convertirse en un derecho, yo, si fuese cirujano, no tendría el menor escrúpulo en llevar a cabo esa intervención, que devolvería la tranquilidad, la felicidad y la salud a un matrimonio que ya cumplió con su misión procreadora.

La operación de ligar los vasos deferentes del hombre o las trompas uterinas de la mujer es sencillísima y no ofrece peligros graves. Claro es que en el caso de que un matrimonio quisiera tener más descendencia, bien por fallecimiento de los hijos ya criados o por otras causas, la operación sería irreparable. El mejor procedimiento, a mi juicio, es el de la esterilización temporal por medio de los rayos X, ensayada con éxito en diversos países—Alemania, Suecia, Rusia, Estados Unidos, etc.—, y acerca de la cual se siguen realizando interesantes estudios.

Cuando se trata de una mujer inapta, por cualquier causa, para la procreación, hecho de demostración irrebatible, el médico no se encuentra ante ningún caso de conciencia, ni tiene problema moral alguno que resolver.

Pero, a pesar de todo, si por escrúpulos de moral muchos hombres de ciencia se resisten a divulgar estas operaciones, queda el recurso inmejorable de la contraconcepción sin necesidad de actuar sobre la integridad de los órganos procreadores.

El dominio de la procreación es la consecuencia de un impulso que ya es natural en los pueblos civilizados. "Ni siquiera—dice un autor—se puede ya discutir acerca de la legitimidad o validez del dominio de la procreación, pues constituye ya un hecho consumado y forma parte de nuestra moralidad moderna."

No obstante, estas teorías perfectamente humanas no acaban de ser comprendidas por una gran parte de los médicos, que aún siguen aferrados a las viejas teorías de la procreación obligatoria. En muchos casos, especialmente en España—no hablemos de Francia, donde la no procreación es un atentado grave a los intereses estatales—, numerosos médicos no quieren oír a sus clientes en este sentido. A lo sumo, se limitan a dictar prescripciones o dar consejos poco menos que ineficaces muchas veces, y esto es lo sensible, por desconocimiento casi

absoluto de la cuestión que se les plantea, ya que ni aun en las mismas Facultades de Medicina le es permitido al alumno enterarse de los aspectos del importantísimo problema de la contraconcepción, e incluso del aborto "necesario".

Así, pues, el cliente, convencido de la falta de idoneidad de su médico, procura arbitrarse por cuenta propia los remedios que cree más adecuados, bien en virtud del consejo recibido de un amigo o también obedeciendo a la inspiración de un anuncio en el que se realiza una propaganda comercial y descarada de un objeto, de un producto, etc., destinado a la contraconcepción. Sólo en los países supercivilizados se ha podido tratar públicamente de esta cuestión, como, por ejemplo, en Inglaterra, por medio del famoso *birth-control.* Por otra parte, es preciso tener en cuenta la actitud de los Estados que necesitan ciudadanos para las guerras en que se defienden los intereses de las clases poderosas, y nunca los verdaderos intereses espirituales o materiales de la raza. Ante esta actitud dominante, lógico es suponer que la libertad del médico es sólo ficticia y constantemente restringida por esas presiones y amenazas de castigos verdaderamente brutales y desproporcionados a los supuestos delitos de atender a los intereses respetables del individuo, muchas veces más dignos que los de los jefes de los Estados.

El médico está no sólo en el derecho, sino en la obligación, de dirigir inteligentemente el dominio de la capacidad procreadora de la especie humana, siempre excesiva y casi siempre inútil, y hasta perjudicial para los intereses de la colectividad, cuando se trata no sólo de individuos degenerados o enfermos, sino también de matrimonios que ya han tenido varios hijos y que no disponen de medios de subsistencia adecuados al sostenimiento de una numerosa o reducida prole a la que no puede dársele ni la alimentación ni la educación imprescindibles. Un médico portugués un poco excéntrico compuso un preparado fusible para uso de la mujer, de empleo cómodo y sencillo, que repartió gratuitamente a muchos matrimonios, con el deseo de que disfrutasen de los placeres del amor sin temer a los dolores de la procreación inconsciente y brutal. A cada caja de óvulos acompañaba un prospecto con instrucciones adecuadas para su empleo; pero una mujer, que no sabía leer, se comió media caja creyendo que el remedio surtía su efecto por vía digestiva. La desgraciada sufrió una fuerte intoxicación, y el médico fué encarcelado. La Prensa comentó el caso, y lejos de ver las magníficas intenciones que animaban a este verdadero bienhechor de la Humanidad, fué acusado como si se tratase del autor del crimen

más abominable, argumentándose con la moral, con la tradición y con toda esa serie de nocivas estupideces propias de los criterios fosilizados.

El más grave defecto de los contraconceptivos consiste en su industrialización. Su empleo es prescrito por los comerciantes y no por los médicos, que no se cuidan, sea por lo que fuere, de controlar su eficacia. Muchos periódicos se niegan a insertar estos anuncios por considerarlos inmorales, y por la misma razón se rechaza toda propaganda acerca de los productos preventivos de las enfermedades venéreas, pretextando que el hecho de restar peligros al comercio de los sexos supone un poderoso estímulo para la práctica de la sexualidad.

Luego entonces se estima mucho más moral el contagio venéreo, que puede destrozar la salud de un hombre y destruir una familia, que la prevención de dichas enfermedades. El médico no ha tenido todavía el valor de salir al paso de esas afirmaciones brutales, en muchos casos, porque sus intereses materiales suelen estar de acuerdo con los espirituales de los moralistas. El día que las enfermedades venéreas desaparezcan por completo, como ha desaparecido la viruela, los especialistas de las enfermedades sexuales no tendrán nada que hacer sino cerrar sus clínicas. Y esto es temible para algunas conciencias demasiado flexibles.

El lector tiene ocasión de comprobar nuestras afirmaciones con sólo darse una vuelta por las planas de anuncios de los periódicos tildados de "serios", donde no podrá descubrir un solo anuncio que se refiera a cualquier preventivo. A lo sumo, se habla de "gomas higiénicas", pero de una forma tan discreta y velada, que no es posible descubrirlos entre la enorme cantidad de los que se refieren a las clínicas de los especialistas de enfermedades venéreas. El antiguo aforismo hipocrático de que "más vale prevenir que curar" no reza con lo que a las enfermedades sexuales se refiere; aquí parece ser más importante curar que prevenir, a veces curar mal, cuando es tan posible prevenir mejor.

La publicidad de esos específicos parece reservada a las revistas pornográficas o de escasa solvencia moral, con lo que no es posible pretender una verdadera y ordenada difusión de esos productos, porque precisamente dichas publicaciones no son leídas más que por una mayor parte de personas que, a lo mejor, tienen más que esperar del anuncio del especialista que del aviso comercial del fabricante de los preventivos.

El sistema de encomendar la publicidad de los antivenéreos a unas publicaciones de difusión restringida y de público especial no es el más adecuado para lograr el éxito más completo, como tampoco se consigue nada positivo por medio de las revistas profesionales, graves y respetables, que sólo alcanzan al sector médico, a quien las trabas de la moral impide o coarta la libertad de prescripción facultativa en este sentido.

Algunos verdaderos quijotes de la profesión, que en nuestros medios han pretendido explicar el peligro de las enfermedades venéreas por medio de la conferencia ilustrada, se han visto ante un público que, en virtud de su deficiente mentalidad psicosexual, por decirlo así, no ha podido interpretar las frases atinadas del clínico. El interés que despiertan las cuestiones sexuales no es siempre honrado y sincero; recientemente se ha proyectado con un formidable éxito de taquilla una película científica, deficientísimamente lograda, que el público madrileño, en gran parte, ha tomado por una revelación. La finalidad esencial de la empresa editora del film no puede decirse que haya sido desinteresada: es que, después de haber pulsado la cultura sexual del público, ha optado por industrializar esos metros de celuloide, que no descubren nada nuevo para el profesional ni enseñan absolutamente nada positivamente útil al profano, que acude al reclamo guiado por la mejor buena fe, lo que, justo es decirlo, no ocurre nunca en la mayoría de los casos. Ha bastado a la empresa con decir que la película está prohibida a los niños y que no se permite la entrada en el salón a ninguna mujer que no vaya acompañada de un hombre, para que la sala se llene hasta rebosar. Huelga decir que en el solo anuncio un ciego ve la intención poco limpia que ha guiado -a los propagan distas.

Toda esta propaganda, aunque fuese completamente acertada y eficaz, no debe, a pesar de todo, realizarse en las salas de espectáculos públicos: son los médicos los llamados, no a escribir argumentos, que nada tienen de necesario en esta labor de divulgación, sino a dirigir las fases de la película en la que deben abundar las ilustraciones científicas referentes a la producción del germen patógeno, al vehículo de contagio, a las circunstancias de contaminación, etc., centrando el caso, a ser posible, en la prostitución libre, clandestina o tolerada, donde con toda realidad y sin necesidad de recurrir a la literatura alarmante, es posible exponer las más atroces miserias de ese "mal necesario", terrible y antiestético, cuyo espectáculo es fácil presenciar siempre en determinados barrios de todas las poblaciones.

Esas miserias impresionantes y trágicas son las que debe recoger el tomavistas cinematográfico, sin necesidad de escenarios preparados ni trucos combinados; es en la realidad misma donde se encuentran los más abundantes veneros de ilustración acerca de los males gravísimos de la prostitución, con sus vicios, sus dramas repugnantes, sus tragedias hondas y todo ese caos alucinante de desastres morales y fisiológicos en que se sumen los imprudentes, que jamás pueden encontrar una garantía en la risible protección de las autoridades sanitarias, no porque no sea muy grande la voluntad de estos hombres, sino porque, faltos de medios adecuados, su misión resulta prácticamente inútil.

Uno de los países donde con más interés se pretende llegar al abolicionismo de la prostitución es, indudablemente, Francia. Los médicos y sexólogos franceses no regatean medios de propaganda para mostrar con la máxima crudeza los aspectos de esa plaga inevitable que constituyen las prostitutas, que ejercen su profesión con o sin el control de las autoridades sanitarias, y al efecto, se organizan conferencias, verdaderos cursos de educación médicosexual a base de películas, se publican revistas, etc., presentando al público con toda la fidelidad posible esas escenas de la calle, que no son sino el muestrario de la infección ambulante. (Lámina III.)

Al propio tiempo, no cabe duda que la acción del médico es altamente beneficiosa fuera de su esfera profesional; atendiendo al aspecto de las múltiples excitaciones que las jóvenes encuentran en el ambiente de la vida moderna, no descuidan la nota fuerte y trágica del futuro o del final de todas las mujeres de vida galante con argumentos, ahora sí, perfectamente hechos, pero arrancados de las propias confesiones de las desdichadas que con su aspecto trágico y grotesco de vencidas de la vida refieren ante el micrófono las diferentes etapas de su existencia, que empezó con las seducciones y encantos de la juventud para acabar en el desastre de una vejez llena de remordimientos, de enfermedades y de miseria. (Lámina IV.)

No puede decirse que en estos documentos vivos exista pornografía. El médico no es nunca pornógrafo, como no sea a juicio de los moralistas perfectamente inmorales o de los fiscales incultos. Por otra parte, aunque existiese la pornografía, hay que tener en cuenta que la finalidad que se persigue y los resultados que se obtienen con estos sistemas son de mucha mayor importancia que todo lo malo que pudiera encontrarse en esa propaganda, que no es más que la exposición de hechos reales que no pueden discutirse, porque si se dice que el propagandista

médico es pornógrafo porque refleja los hechos que todos, incluso los niños, pueden presenciar naturalmente, más pornógrafos e inmorales son los Estados que lo toleran, cuando no cabe duda que disponen de más medios que los médicos para suprimirlos.

NORMAS NUEVAS

Los principios sexuales de la vida.—La triple personalidad del médico.—El empirismo de los salvajes y la ciencia de los civilizados.—El desarrollo de las enfermedades sexuales.—La actitud de los médicos ante las normas viejas.—Complejidad del problema.—Ineficacia de las discusiones científicas.—La verdad moral y la realdiad científica.—Cómo recobra el sexo sus derechos.—Los sacerdotes modernos y la sexualidad.—Armonía entre los poderes.

La transformación de las viejas ideas morales operada en todos los órdenes de la espiritualidad ha dado lugar a que cada valor verdaderamente positivo ocupe el lugar que legítimamente le corresponde, con independencia de las normas que antiguamente tuvieron la importancia de principios absolutos.

La vida animal, no cabe duda, es un constante proceso biológico, un problema, si se quiere llamar así, en el que indudablemente intervienen incógnitas morales de índole diversa, las cuales, a pesar de su importancia, resultan secundarias con relación al hecho central de la vida. Con moral o sin moral, la vida física es posible. Y no puede decirse que haya pueblos sin moral alguna, porque la moralidad no son, al fin y al cabo, más que las costumbres elevadas a la categoría de leyes; ya sabemos que lo que es moral para unos pueblos es inmoral para otros, y mientras existen estas diferencias de mentalidad, las diferencias fisiológicas son invariables, son comunes para todos, a excepción de los caracteres externos—morfología, color, temperamento—, circunstancias que, a pesar de todo, son compatibles, por asimilación o por educación, con todas las ideas morales.

El sistema de reproducción de las especies animales, y entre ellas la humana como la más importante, ha sido siempre el mismo: la conjunción de dos individuos de distinto sexo. En las edades primitivas, como hemos visto, la unión, de los hombres con las mujeres se realizaba en

virtud de los impulsos naturales, que eran el primer paso en el camino de la selección. El hombre más fuerte fecundaba a la mujer más hermosa, y ella se sometía de buen grado al deseo del macho, obedeciendo, única y exclusivamente, a los impulsos de su instinto.

Esta ley la encontramos aún entre los habitantes de los pueblos salvajes, conservadores de las tradiciones primitivas, precisamente porque la civilización, es decir, el artificio, no ha podido arraigar en sus costumbres, porque en su primitivismo fundamental consideran estas gentes, con certero criterio, no cabe duda, que la Naturaleza es insustituible en la dirección de la vida de los seres y en la organización de las cosas.

Los hombres primitivos, lo mismo que esos salvajes, disputaron a la Naturaleza muchos de sus poderes. El instinto de conservación, del cual se tiene conciencia mucho después de haberse evidenciado el más primitivo, el de nutrición, y el que le sigue después, el sexual, obligó a los seres humanos a enfrentarse con la Naturaleza, que, según ellos, no era la Naturaleza misma, sino las fuerzas mágicas, los fenómenos inexplicables y todos los actos anormales que procedían no se sabía de dónde, pero que indudablemente venían a perturbar las funciones naturales del individuo. Por esta razón surgieron los primeros médicos, los hechiceros, los mágicos, o como queramos denominarles, que en virtud de su mayor inteligencia o de sus conocimientos especiales en distintos aspectos de la vida, sobresalieron y destacaron en el conjunto de sus convecinos, que tenían en estos curadores una confianza ciega. Muchos hechiceros o médicos llegaron a ser los jefes de un clan o de una tribu; pero ninguno de los jefes "ascendió" a la categoría de hechicero.

Era, pues, entonces, y es aún en muchos pueblos, el amor a la vida y a la salud la fuerza que rige el destino de las sociedades. Para el ser racional que sufre dolores, que padece enfermedades que le ponen a las puertas de la muerte, no hay, entre esos salvajes, nadie que le inspire más gratitud que quien le libra de sus achaques, devolviéndole la salud perdida. El médico civilizado no puede hacerse idea de lo que es el agradecimiento de un enfermo curado entre esas gentes que adoran en el hechicero al médico, al jefe y al sacerdote. (Lámina IV.)

Claro está que la ciencia moderna no puede admitir en todas sus partes los sistemas curativos de esos hombres privilegiados; pero si tenemos en cuenta el importantísimo papel que desempeña la sugestión en el tratamiento de la mayor parte de las perturbaciones funcionales del organismo humano, es posible que ante un caso cualquiera fracase la ciencia del doctor más hábil, triunfando, en cambio, el extraño empirismo del médico salvaje, que receta hierbas, recomienda oraciones y amputa un miembro con una piedra afilada o un hierro oxidado. Al mismo tiempo, lógico es comprenderlo, un enfermo civilizado no ganaría nada mediante el tratamiento de un curandero africano.

Así, pues, no cabe duda que el ambiente es lo que en primer lugar justifica los medios. Pero si vemos que las razas antiguas eran más fuertes, más saludables y tenían más vitalidad de la que alcanza el ser humano moderno de los pueblos civilizados, cabe discutir bastante la eficacia de la moderna ciencia con relación al viejo empirismo. Por otra parte, ateniéndonos a lo que se observa en la vida de los pueblos salvajes, vemos que muchas enfermedades mortíferas o graves fueron completamente desconocidas hasta que no les fueron importadas por la civilización. Aún hay pueblos que desconocen, por ejemplo, la sífilis, que jamás han padecido la viruela, que no conocen los estragos del alcoholismo, mientras que los civilizados están expuestos a un sinfín de dolencias, algunas desconocidas en su patogenia, en su desarrollo y en su solución. Analicemos también las estadísticas de mortalidad del pueblo más culto y el del más salvaje, y veremos que la cifra del primero supera, con cifras espantosas, a la que arroja el segundo.

¿Es que la civilización está en relación inversa con el grado de resistencia orgánica? Es posible. Con relación al desarrollo de las enfermedades venéreas, está demostrado que existen más enfermos blenorrágicos y sifilizados en los pueblos de más cultura, a pesar de todos los progresos de la ciencia y de la higiene, que entre los salvajes o gentes menos civilizadas. El Dr. French, refiriéndose al ejército inglés de la India, comprobó que las enfermedades venéreas eran diez veces más frecuentes entre las tropas británicas que entre las indígenas.

El Dr. Audry calculó que un 25 por 100 de la población europea era sifilítica, y que un 15 por 100 de estos casos mueren a consecuencia o por causas más o menos directas de tan terrible enfermedad.

Ellis sostiene, aunque con algunas excepciones, que cuando los europeos llevan la sífilis a tierras habitadas por razas inferiores, los resultados son peores aún. "Lambkin—dice—, enviado en comisión especial a estudiar la sífilis en Uganda, encontró que en algunos distritos un 90 por 100 de la población padecía de sífilis, y que un 50 ó un 60 por 100 de la mortalidad infantil era debida a la misma causa. Esta raza de los bagandas era fuerte, inteligente, poderosa, antes de recibir, con la sífilis, los beneficios de la civilización y del cristianismo, que son, como dice Lambkin, los que más han contribuído a esparcir dicha enfermedad, derrocando costumbres tradicionales y emancipando a la mujer.

El cristianismo, que es lo suficientemente fuerte para echar abajo la moralidad antigua, no lo es bastante para edificar en su lugar otra moralidad nueva."

Todos estos interesantísimos datos sirven para poner de relieve el poco valor de los métodos preventivos y curativos de los pueblos civilizados. Pero, dicho sea en justicia, el médico no es, no puede ser, el responsable directo de estas calamidades. Aun en los tiempos antiguos anteriores al cristianismo, al que tampoco debe culparse del desarrollo de las enfermedades sexuales, como sucedía en Grecia y en Egipto, el médico no gozó de la independencia necesaria para el más fácil ejercicio de su profesión. No cabe duda que entonces existía ya una civilización dirigida o controlada por gentes de mayor autoridad que los médicos, las cuales se oponían, entre otras cosas, a las prácticas anatómicas en los cadáveres y aun restringían en todo lo posible la intervención del médico en los cuerpos vivos.

Estas tradiciones desaparecieron con el desarrollo de las ideas cristianas, que, en esto como en todo, habían de mostrarse diametralmente opuestas a las concepciones del paganismo. Pero si era posible al médico investigar en las dolencias de todo género, la moral del cristianismo, esencialmente ascético, imponía la prohibición de atender a las enfermedades de los órganos sexuales, que se consideraban como un justo castigo del cielo a los violadores de las prescripciones ascéticas.

Los médicos, pues, conocían mejor o peor las enfermedades generales, a excepción de las que pudieran considerarse como más importantes desde el punto de vista social, ya que está suficientemente demostrado que las dolencias venéreas son transmisibles por contagio y por herencia con los caracteres más graves. En estas condiciones, y existiendo, como existía, tan absurda, brutal e inhumana opinión entre los directores de la vida espiritual y material de aquellos pueblos, los médicos no podían intervenir con su ciencia con el fin de anular los efectos de lo que se consideraba, antes que nada, como un castigo divino. Oponerse al desarrollo de aquellas dolencias era un grave delito de herejía, que generalmente se purgaba en la hoguera después de haber pasado por las cámaras del tormento. No era el poder de la ciencia, sino el de la religión, la energía directriz de las costumbres de la época. Luego nada tiene de extraño que los físicos, los verdaderos conocedores de la fisiología humana, prescindieran en absoluto del estudio y la investigación de los males venéreos, que seguían desarrollándose a pesar de todo, puesto que la enfermedad no impedía el comercio sexual, y, en cambio, se reproducía en seres inocentes, transmitiéndose cada vez con caracteres más graves y, al fin y al cabo, injustos, aun cuando quisiera aceptarse la teoría de la venganza divina.

La responsabilidad del médico antiguo no está, pues, claramente determinada. En cuanto a la justificación de su actitud, no es posible aducir razonamientos más poderosos que el de su obligada subordinación a los poderes superiores. No obstante, cuando la justicia de la Iglesia se humanizó un tanto, se iniciaron las normas nuevas de la libertad profesional del clínico. En lo que a España se refiere, el teólogo Pedro de Valencia influyó bastante en el criterio de los inquisidores para que se concediese a los médicos la beligerancia debida.

Mas, a pesar de todo, aún transcurrieron muchos años, lo mismo en España que en el resto de Europa, antes de que el médico pudiera desasirse en absoluto de las viejas concepciones y hasta de los innumerables prejuicios que rodeaban a la profesión. Cuando llegó la hora de intervenir, se encontraron con que el problema sexual estaba asentado sobre bases tan sólidas, que una revolución enérgica y violenta de los métodos no podía producirse más que en resultados adversos. En el alma de las gentes habían prendido tan hondas las viejas raíces de los conceptos tradicionales, que la sexualidad seguía siendo un grave pecado, a veces sin absolución posible, porque a ello se oponía la propia conciencia del individuo. En el temor actual a las enfermedades venéreas, causa de la masturbación, de la debilidad sexual, de la impotencia y hasta de los matrimonios desgraciados, encontramos los vestigios de las doctrinas antiguas. El padre que amenaza gravemente a su hijo si adquiere una dolencia sexual no hace más que inspirarse en las concepciones ascéticas de los tiempos más antiguos .

Contra esta opinión no sirve de nada el esfuerzo de los médicos, ni el de los sociólogos, ni el de los modernos moralistas, que hacen compatibles las ideas de la moral con el ejercicio de las funciones naturales del organismo psicofísico.

Este es el principio fundamental de las normas nuevas: el reconocimiento científico de las ventajas de la práctica sexual, lo mismo que, con idéntica nobleza, se reconocen muchas de las razones que tenían los ascetas para despotricar contra la carne.

Claro es que el problema sexual, según está planteado modernamente, no se basa sólo en la abstinencia, ni en las enfermedades venéreas, ni en la prostitución, ni en el matrimonio, etc. No es un problema de la exclusiva incumbencia del médico, sino que también es de la de los sociólogos, de los moralistas, etc. La entidad que seguramente menos influencia tiene en la cuestión es la Iglesia. En estos tiempos es cuando

con más interés se aplican los eclesiásticos a la defensa de los intereses morales y materiales de su ministerio, y cuando, a pesar de todo, resultan más compatibles las doctrinas con la actividad de la sociología, de la ciencia y hasta de la política, hecho o fenómeno que no se advierte repasando todos los momentos de la historia de la cristiandad.

Aunque los enunciados del problema sean tan heterogéneos, el médico, y sólo él, puede y debe ser quien dirija y controle las expresiones de la verdadera vida, que consiste en la facultad de propagarse. El profesor Couts dice, entre otras cosas: "El médico especialista, que constantemente vive en íntima relación con los padecimientos del sexo y aprende a conocer y valorar los innumerables problemas vitales y sociales que de ellos dependen, tiene oportunidad para analizar los actos fundamentales de la vida, desposeído de aquel manto superficial con que nos obliga la civilización a barnizar nuestra actual manera de vivir.

"Un análisis reposado, consciente y desapasionado, dejando de lado los prejuicios de índole religiosa y moral, nos demuestra que la actual manera de interpretar los problemas sexuales es por demás antifisiológica y está en abierta contradicción con las leyes naturales que rigen los destinos de la especie. Esta es la razón por qué, en nuestro concepto, el edificio de la moral social existente descansa sobre cimientos falsos, verdaderas imposiciones a los fundamentos de la vida, que amenazan la estabilidad de aquella construcción de imposturas que sobre ellos se ha levantado." (W. E. Couts, *Tiranía sexual.)*

El médico moderno sabe de sobra que la moral por la que hoy pretendemos regirnos no es más que una burda suplantación de la verdad biológica. Pero, a pesar de todo, el *tabú* sexual es tan fuerte y tan grande su influencia, que no sirve de nada que un hombre de recio criterio, sabio y honrado, eleve su protesta más enérgica ante las expresiones habituales, mientras la hipocresía colectiva oponga una barrera infranqueable al desarrollo de las ideas morales más positivas y ciertas y al progreso de la ciencia, que se obstina en restablecer el equilibrio de la verdad biológica.

En España tenemos a Marañón, a Juarros, a Saldaña, ya fallecido, y a otros sabios, ebrios de ciencia y pletóricos de energías. Para que estas eminencias pudieran expresarse con la libertad que su sabiduría merece, sería preciso que no tuviesen que depender de una clientela, es decir, que estar sometidos a los imperativos categóricos de la vida material. Los sabios no debieran ser pobres; ¡pero es tan difícil encontrar un rico que sea sabio!...

Fuera de los países influenciados por los viejos prejuicios de una moral acomodaticia y ñoña, los médicos tienen más independencia y no menos clientela; pero es porque el nivel cultural es superior y la comprensión más fácil. Alemania, que hasta caer bajo las genialidades de Hitler fué un pueblo respetable y valiente en lo que concierne a los prestigios de la ciencia del sexo, señaló las normas que al cabo de muchos lustros quieren presentar como nuevas los reformadores de los otros pueblos. En la actualidad, el paraíso hitleriano se hace insoportable para los hombres libres; pero, a pesar de todo, la biología no deja de ser una verdad, y la vieja moral, una mentira.

Hoy el problema sexual se discute solamente en el terreno científico, en el que los polemistas están divididos en dos bandos. Los esfuerzos de los fisiólogos, biólogos y psicólogos para exponer la cuestión a la faz del mundo, tropiezan siempre con el predominio de la moral antigua, y las normas nuevas apenas si tienen importancia fuera de la clínica, del gabinete o de la sala de conferencias. No acaba de disponer el médico de medios suficientes para llevar al ánimo de las colectividades la convicción absoluta de que todos los seres somos la consecuencia lógica de un mismo mecanismo sexual. El hecho de que muchos hombres pretendan enseñar a ver estas cuestiones desde el franco terreno de la realidad es reputado por otros como un gesto descarado, como una maniobra audaz y materialista, impropia de seres normales. El que, aterrado ante las expresiones brutales del problema, intenta, con serenidad y noble alteza de miras, señalar las normas nuevas, es tildado de inmoral o de loco, de libertino o de pornógrafo. Yo quisiera que esos hipócritas explicaran cómo y en virtud de qué nos reproducimos; que dijesen cómo creen que debe ser el origen de la vida, para, al menos, poder ajustarnos a su criterio en la exposición de estos temas. Pero todo antes que silenciar una cuestión de tan grave trascendencia, ya que el silencio no quiere decir que el problema no exista. La táctica de los reaccionarios es la misma que la del avestruz: el avestruz, como el reaccionario, es un animal tan estúpido, que cuando quiere ocultarse para no ser visto, esconde la cabeza entre las alas. Del mismo modo, el moralista procura callar cuanto a los problemas del sexo se refiere, porque queriendo que el mundo sea como su mundo interior, elude la discusión y condena a quienes discuten.

No obstante, la moral sexual predicada por los presuntos apóstoles se encuadra, por lo general, dentro de un marco demasiado elástico, que se dilata o se contrae según las conveniencias, pero sin que, a pesar de todo, pueda alterarse esa verdad biológica de que la vida se man-

tiene con la vida. Como dice Dide, "es necesario separar completamente la verdad moral o religiosa de la verdad científica". En efecto, añade, "la primera no es susceptible de una demostración racional; para señalar su camino y sacudir el espíritu de los pueblos es necesario el celo y el entusiasmo de sus protagonistas; necesita de mártires y de milagros. Mientras, como dice Renán, la verdad científica no tiene necesidad de ser proclamada; basta enunciarla, y el tiempo se encarga de lo demás".

Ahora bien, cabe preguntarnos a qué fecha estaremos al final de ese plazo. Desde que Renán hizo tan sabia afirmación, ha transcurrido casi un siglo, y, si es cierto que la verdad científica ha quedado demostrada, no es posible creer que tal demostración haya sido comprendida o admitida en todos los ámbitos de la sociedad, porque si así hubiera sido, el problema de la sexualidad ya estaría resuelto.

Pero no lo han querido los avestruces de la moral. Si pretendemos creer que las normas naturales de los hombres primitivos han sido destruídas por la civilización, es decir, que la civilización ha acabado con las manifestaciones propias del instinto sexual, es porque, a fuerza de sentirnos engañados, se ha perdido el valor que es necesario para reconocer con nobleza los graves errores cometidos. "Es necesario—dice un autor médico—que luchemos por descorrer el velo del misterio con que la civilización pretende cubrir el problema sexual y demostrar la verdad, arrebatando de manos de los necios la enseñanza de los problemas que requieren de individuos que conozcan a fondo su verdadero sentido biológico." Gregorio Marañón, colocándose en idéntico punto de vista, dice: "Accidentalmente, puede ser vencido el sexo por razones de orden moral y social; pero éste tratará de recobrar sus derechos en la primera oportunidad que se le brinde."

No hay duda que, al menos parcialmente, el sexo recobra sus derechos. No es posible que la colectividad toda se manifieste en una actitud de enérgica reacción, porque no todos los temperamentos son iguales. Pero, a pesar de todo, esas razones morales o sociales no acaban de ser lo suficientemente fuertes para contener los impulsos de una gran mayoría de gentes sin energías propias para dominarse. El médico sabe mucho de estas cosas, cuando, normalmente, debería ignorarlas. Y las sabe, porque a diario se ve en la necesidad de tratar a una multitud de enfermos, de desequilibrados, de neurópatas, de locos, de viciosos, etcétera, si es que antes no son sometidos al tratamiento irracional de las leyes, y eso por haber cometido el "delito" de mostrarse débiles ante el impulso del sexo, que a toda costa quiso recobrar esos derechos,

no de una manera normal, natural y legítima, sino de una forma brusca, arbitraria, brutal, repugnante y negativa, con arreglo a esos principios fundamentales de la sana biología.

La clínica del médico y la correspondencia que recibe el sexólogo constituyen la prueba de la vigorosa protesta de una parte de la humanidad contra las normas establecidas. En el proceso de todas las neuropatías palpita siempre el morbo de la sexualidad reprimida, lo mismo que se observa en el origen de las enfermedades venéreas, en las perversiones y en los vicios. Si el médico completase su misión con los rudimentos de la ciencia del psicólogo, hallaría pruebas más concluyentes de esta gran verdad y más enérgicos bríos para la lucha en la disputa de sus legítimos derechos en lo que concierne a la perfecta solución del problema.

En muchos países supercivilizados, especialmente en los Estados Unidos, las mismas autoridades de la Iglesia, tanto católica como protestante, han mostrado su conformidad con las nuevas normas científicas. La cuestión sexual ha sido tema de discusión o, por lo menos, de exposición desde el púlpito. En los círculos eclesiásticos de Nueva York fué objeto de toda clase de comentarios un sermón pronunciado por el reverendo J. H. Holmes, en la iglesia de la Comunidad, acerca de las relaciones entre las personas de los dos sexos. El predicador es un hombre que goza de gran prestigio por su religiosidad sincera, su amor a los feligreses y las numerosas obras de caridad que realiza, no sólo con los menesterosos, sino hasta frecuentando la sociedad de las gentes que viven al margen de la ley, a las que con sus consejos aparta del camino del mal.

Este verdadero apóstol, ya de edad, afirmaba ante la selecta concurrencia de su iglesia, una de las favoritas del público neoyorquino: "No soy partidario del ascetismo en las relaciones sexuales. La contención del instinto sexual es tan insensata y equivocada como el abandono completo a esta clase de apetitos. La Iglesia cristiana es culpable, por haber cultivado el ascetismo y la contención con la idea de que hay algo pecaminoso en lo que respecta a las relaciones sexuales y que constituye una virtud desprenderse por completo de ellas.

"Nuestro deber consiste en recordar que las relaciones sexuales son tan hermosas como naturales. Para el verdadero y puro amante constituyen el mayor sacramento de la vida humana."

En tonos parecidos se han manifestado muchos eclesiásticos modernistas, que han apoyado las afirmaciones de Holmes, calificándolas de "tipo de pensamiento civilizado". Sólo los pastores de la secta angli-

ÍNDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LAS TEORIAS DE LOS FISICOS ANTIGUOS

La cuestión sexual en la prehistoria.—Los médicos prehistóricos.—Los médicos sacerdotales.—La sexología en Babilonia y Asiria.—La higiene de los genitales.—Los egipcios.—Medicaciones contra la impotencia y la debilidad.—Los judíos y sus teorías sobre la menstruación.—Los psicofisiólogos indios.—El origen de las dolencias venéreas.—Grecia y Esparta.— Licurgo.—Las teorías hipocráticas.—Virginidad y aborto.—El médico en la antigüedad 9

COMO SE PLANTEO EL PROBLEMA SEXUAL

Los fundamentos biológicos del paganismo.—La reacción cristiana.—Problema social y no biológico.—Libertinaje y ascetismo.—La actitud de los médicos antiguos frente a las doctrinas ascéticas.—Los médicos hebreos.—El problema de la impureza femenina.—Los médicos y las demonopatías.—El desprecio a la mujer.—Desarrollo del problema.—Fanatismo e ignorancia.—Sexualidad y religión.—La Iglesia reconoce la razón de los médicos. 23

EL MEDICO, EL NOVIAZGO Y EL MATRIMONIO

La selección artificial.—La degeneración de las estirpes reales.—El médico como árbitro entre el impulso y la inteligencia.—Una consulta y una respuesta.—El médico como solución del problema.—Su actitud ante la moral y la salud física.—¿Debe aconsejar el médico las relaciones sexuales?—Opinión de los alemanes.—Guardián de la salud del cuerpo, pero no de la del alma.—Discusiones.—La mujer y el comercio sexual extraconyugal..... 37

Páginas.

ANTE LA ESTERILIZACION Y LA CONTRACONCEPCION

El aborto en los tiempos primitivos.—Solón, Licurgo e Hipócrates.—Métodos abortivos.—Actitud de los médicos antiguos frente al aborto.—La esterilización.—El médico ante el cliente.—Confesión de un esterilizado.—La contraconcepción industrializada.—La desconfianza en el médico.—Su obligación en este aspecto.—La moralidad del contagio venéreo y la inmoralidad del preventivo.—La publicidad.—Películas ficticias y dramas verdaderos. 51

NORMAS NUEVAS

Los principios sexuales de la vida.—La triple personalidad del médico.—El empirismo de los salvajes y la ciencia de los civilizados.—El desarrollo de las enfermedades sexuales.—La actitud de los médicos ante las normas viejas.—Complejidad del problema.—Ineficacia de las discusiones científicas.—La verdad moral y la realidad científica.—Cómo recobra el sexo su derechos.—Los sacerdotes modernos y la sexualidad.—Armonía entre los poderes..... 63

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Antiguos instrumentos abortivos 32

LAMINA II
El médico y la prostitución 33

LAMINA III
Vencidas por la vida..... 48

LAMINA IV
El médico, el jefe y el sacerdote 49